

MICHAEL KOHLHAAS

HEINRICH VON KLEIST

En las riberas del Havel vivía hacia mediados del siglo XVI un tratante de caballos llamado Michael Kohlhaas, hijo de un maestro de primeras letras, y uno de los hombres más honrados y a la vez más terribles de toda su época. Hasta sus treinta años de edad, este hombre tan fuera de lo común hubiera podido ser considerado como modelo de ciudadanos. En una aldea que todavía hoy lleva su nombre, poseía una granja en la cual vivía tranquilamente con lo que le producía su oficio, educando a sus hijos en el temor de Dios, en el amor al trabajo y en la lealtad. No había uno solo de sus vecinos que no se hubiera aprovechado alguna vez de su generosidad o de su justicia; en una palabra, el mundo hubiera bendecido todavía hoy su memoria, si no hubiera pecado de exceso en una virtud. Su sentimiento de la justicia, empero, le convirtió en asesino y bandolero.

Un buen día se dirigía Michael Kohlhaas al extranjero con unos cuantos caballos jóvenes, todos bien alimentados y de pelo brillante, y caminaba pensando en qué emplearía la ganancia que pensaba obtener en el mercado con la venta de los animales; de un lado, como corresponde a todo buen comerciante, invirtiéndola de tal suerte que le produjera nueva ganancia, y en parte dedicándola al goce del presente. Así iba meditando, cuando llegó al Elba y, ya en territorio de Sajonia, encontró al lado de un castillo una barrera que atravesaba el camino y que Michael Kohlhaas no recordaba haber visto nunca allí. Se detuvo un momento, pues la lluvia le azotaba violentamente, y llamó a voces al encargado de la barrera, el cual apareció pronto en una ventana con cara de pocos amigos. El tratante le dijo que le abriera la barrera.

—¿Qué novedades son éstas? —preguntó al guardabarrera cuando éste salió de la casa después de algún tiempo.

—Un nuevo privilegio concedido a nuestro señor, el caballero Wenzel von Tronka —respondió el guarda mientras abría la barrera.

—De manera que Wenzel se llama el nuevo señor —dijo Kohlhaas, y paseó la mirada por la mole del castillo, que alzaba orgullosamente sus almenas sobre el paisaje—. ¿Ha muerto el viejo señor?

—De un ataque —replicó el guarda, mientras alzaba la barrera y daba paso al tratante.

—¡Lástima! —dijo Kohlhaas—. Un anciano lleno de dignidad, que gustaba del trato con la gente, que protegió siempre el comercio y el tráfico y que hizo arreglar la calzada al saber que una yegua mía se había roto una pata en el sitio en que el camino entra en la aldea. En fin, ¿qué le debo?

Y Kohlháas comenzó a buscar las monedas con trabajo, porque el viento le llevaba la esclavina de un lado para otro.

—Sí, buen hombre —siguió diciendo al oír que el guardabarrera murmuraba por la tardanza—. Si el tronco con que se ha hecho la barrera hubiera permanecido en el bosque, ello hubiera sido mejor para vos y para mí.

Y así diciendo entregó el dinero y se dispuso a seguir su viaje. No había pasado apenas, sin embargo, la barrera, cuando otra voz comenzó a gritar.

—¡Eh! ¡El de los caballos! ¡Un momento!

Volvió la cabeza y apenas tuvo tiempo para ver cómo el alcaide del castillo cerraba una ventana y salía a poco por la puerta, dirigiéndose a él. Kohlhaas se detuvo y detuvo a sus caballos, preguntándose qué nueva novedad le traería el alcaide. Este último, abotonándose la chupa sobre su nada esbelto cuerpo y manteniéndose de espaldas contra la lluvia, preguntó al tratante si llevaba documento de paso.

Con un gesto de extrañeza, Kohlháas preguntó al alcaide qué era un documento de paso y que le dijera lo que tal cosa podía ser, que quizás la llevara consigo casualmente. El alcaide, a su vez, le replicó que sin un permiso del señor del territorio ningún tratante podía atravesar la frontera. El tratante aseguró que era ésta la dieciseisava vez que atravesaba la frontera, sin que nunca le hubiera sido necesario un documento de paso, que conocía perfectamente todas las disposiciones concernientes a su oficio y que lo que el alcaide decía no podía ser otra cosa que un error. Finalmente, añadió que tenía mucho camino por delante y que le dispensara, por eso, de discusiones inútiles.

El alcaide, sin embargo, le replicó que fuera de ello lo que quisiera, esta vez no atravesaba la frontera, pues para ello había sido renovada la disposición correspondiente, y que, o sacaba el documento de paso allí mismo, o que ya podía volverse al sitio de donde venía.

El tratante, a quien esta actitud comenzaba ya a irritar, se paró a meditar un momento, dio los caballos a un criado y dijo que quería hablar sobre el asunto personalmente con el señor Tronka.

Y, efectivamente, al castillo se dirigió, seguido por el alcaide, que no hacía más que murmurar sobre la necesidad de hacer una sangría en el saco de ciertos tacaños y avaros. Ambos, el tratante y el alcaide, penetraron poco después en una sala, midiéndose los dos con la mirada. En la sala se encontraba el de Tronka con unos amigos, todos bebiendo y del mejor humor, riéndose a carcajadas por algún chiste que se acababa de contar. Dirigiéndose a Kohlhaas, el caballero le preguntó qué era lo que se le ofrecía. Los amigos enmudecieron, a su vez, tan pronto como vieron al tratante, y todos se dispusieron a escuchar lo que iba a decir.

Apenas, empero, había comenzado a exponer su caso, cuando toda la reunión se precipitó a la ventana preguntando:

—¿Caballos? ¿Dónde están?

Al ver el magnífico grupo de caballos que el tratante había dejado al pie del castillo, el de Tronka propuso que bajaran todos al patio para verlos más de cerca. La

lluvia había cesado y a poco el señor del castillo, sus amigos, el alcaide y un grupo de criados consideraban y examinaban los caballos. El uno alababa el tordo con el lucero en la frente, al otro le gustaba más el alazán, el tercero pasaba la mano por el careto con manchas negroamarillentas y todos coincidían en que los caballos eran como gamos y en que en todo el país no los había mejores.

Kohlhaas replicó alegremente que los caballos no eran mejores que los caballeros que habían de montarlos y les invitó a que le compraran los animales.

El de Tronka, al que le había gustado extraordinariamente un bayo de gran alzada, le preguntó a Kohlhaas cuánto quería por él. El administrador le sugirió, por su parte, que comprara dos caballos negros, que creía habrían de darle excelentes resultados en las labores del campo. Sin embargo, una vez que el tratante expuso el precio que quería por los caballos, los allí reunidos encontraron que eran muy caros y el de Tronka llegó incluso a decirle que debería ir a la Tabla Redonda y proponerle la compra al mismo rey Arturo. Kohlhaas, que veía cuchichear entre sí al alcaide y al administrador, mientras lanzaban miradas a los dos caballos negros, no quiso que quedara por él y le dijo al señor del castillo:

—Los dos caballos negros los he comprado hace seis meses por veinticinco florines; dadme treinta y son vuestros.

Dos caballeros que se hallaban al lado del de Tronka expusieron francamente que no les parecían caros los caballos por este precio, pero el señor del castillo replicó que, si acaso, gastaría dinero por el bayo, pero no por los dos negros. Y así diciendo, hizo ademán de retirarse.

Kohlhaas, por su parte, le dijo que quizás llegara a cerrar algún trato con él la próxima vez que pasara por el castillo con sus caballos y, haciendo una reverencia, se dispuso a partir. En este momento salió el alcaide del grupo y dirigiéndose al tratante le preguntó si no había oído que sin un documento de paso no podía seguir el camino. Kohlhaas se volvió al de Tronka y le preguntó si efectivamente era necesaria esa formalidad, que destruía todo su negocio.

—Sí, Kohlhaas; tienes que sacar el documento —respondió el de Tronka con un gesto forzado—. Habla con el alcaide y sigue después tu camino.

El tratante aseguró que no era su intención burlar las disposiciones legales concernientes a su oficio y negocio, que en cuanto pasase por Dresde haría que la cancillería le extendiese el documento deseado y que, dado que nada había sabido de ello hasta aquel momento, se le permitiese seguir su camino por esta vez.

—¡Bueno! —dijo el señor del castillo, viendo que comenzaba de nuevo a llover—. Déjale marchar por esta vez.

Y haciendo un gesto a sus amigos para que entraran con él en el castillo, volvió las espaldas y se dispuso a marcharse. En este momento, empero, el alcaide dijo a su señor que el tratante debería dejar al menos una garantía de que, efectivamente, sacaría el documento en Dresde. A sus palabras, el de Tronka se detuvo un momento en la puerta del castillo. Kohlhaas preguntó qué dinero o qué cosas debería dejar en prenda por causa de los caballos.

— ¿Qué cosas? — dijo el administrador entre dientes —. ¡Los dos caballos negros!

— ¡Es verdad! — añadió el alcaide—. Esto es lo mejor. Sacad el documento y una vez sacado podéis recoger otra vez vuestros caballos.

Indignado ante tal pretensión y dirigiéndose al de Tronka, que se estremecía de frío bajo su jubón, Kohlhaas dijo que todos habían visto que su intención había sido la de vender los caballos. En este momento, sin embargo, una ráfaga de viento más violenta que las otras azotó al de Tronka, cubriéndole de lluvia y granizo, y éste, malhumorado y a fin de poner término a la cuestión, penetró en el castillo, gritándole al alcaide:

— Pues bien, si no quiere dejar los caballos aquí, dadle con la barrera en las narices.

El tratante, que vio que no le quedaba otro remedio que ceder a la violencia, desató a los dos caballos negros y los llevó a una cuadra que le indicó el alcaide. Dejó a uno de sus criados junto a los caballos con el encargo de que se los cuidara bien hasta su vuelta, le proveyó con una suma de dinero y prosiguió su viaje a Leipzig, a cuya feria pensaba asistir, dándole vueltas en la cabeza al asunto y pensando que quizás hubiera sido promulgada, en efecto, tal disposición en Sajonia, a fin de proteger la cría caballar en el propio territorio.

Una vez en Dresde, en las afueras de cuya ciudad poseía una casa con establos, pues desde aquí partía para las ferias de poblaciones menores, Michael Kohlhaas se dirigió inmediatamente a la cancillería, donde los funcionarios de la misma, a algunos de los cuales conocía, le confirmaron en lo que él mismo había pensado en los primeros momentos: que toda la historia del documento de paso era pura fábula. Kohlhaas se hizo dar en la cancillería una certificación comprobando la inexistencia de disposiciones que obligaran a proveerse de tal documento a los tratantes de caballos, y se rió entre sí de la partida que le había jugado el de Tronka, aunque sin poder comprender qué era lo que le había movido a tan pesada broma.

Al cabo de unas semanas, después de haber vendido a su satisfacción los demás caballos que había llevado consigo, Kohlhaas rehizo su camino, dirigiéndose al castillo de Tronka sin una sola sombra en sus pensamientos. Llegado al castillo, lo primero que hizo fue presentar el escrito que le habían dado en Dresde, pero el alcaide, como si no quisiera perder más palabras en el asunto, se contentó con decirle que podía bajar a las cuadras y recoger sus caballos.

Mientras atravesaba el patio le comunicaron ya la mala noticia de que, por razón de su mala conducta, el criado que había dejado al cuidado de los caballos había sido azotado y arrojado del castillo. Kohlhaas preguntó al mozo que le comunicó lo sucedido qué había hecho su criado para hacerse acreedor a tal correctivo y quién se había cuidado entretanto de los caballos. Pero el mozo nada sabía y el tratante, con el corazón lleno de presentimientos, alzó la albadilla que cerraba la puerta del establo en que se encontraban sus dos caballos negros. Cuál no sería, empero, su asombro cuando, en lugar de sus dos magníficos caballos, bien alimentados y relucientes, se vio frente a dos jamelgos esqueléticos y esquilmados. En sus cuerpos se señalaban de tal manera los huesos, que hubieran podido colgarse cosas en ellos; sus crines y pelo, faltos de cuidado, se hallaban cubiertos de suciedad, y todo, en fin, era una verdadera estampa de miseria y abandono. Kohlhaas, a quien saludaron los caballos

con un débil relincho, sintió que la ira se apoderaba de él y preguntó indignado qué es lo que había sucedido a sus caballos. El mozo que le acompañaba dijo que en realidad no les había pasado nada, que habían recibido también el pienso necesario y que lo único que había ocurrido es que, por estar precisamente en época de recolección y carecerse en el castillo de animales de tiro, se les había utilizado un poco en las faenas del campo. Kohlhaas comenzó a proferir maldiciones ante este abuso y ante esta forma de tratar a sus caballos; pero dándose cuenta de su impotencia, ocultó su ira y se dispuso a partir con sus dos pobres animales. En este momento apareció el alcaide, atraído por la disputa, y preguntó qué era lo que ocurría.

—¿Que qué ocurre? ¿Quién ha dado permiso al señor de Tronka y a su gente para utilizar mis caballos en las faenas del campo? ¿Es esto un comportamiento de cristianos? —y así diciendo fustigó con el látigo a sus agotados animales para mostrar al alcaide que ni aun así eran capaces de moverse.

El alcaide, que durante todo este tiempo no había dejado de mirarle descaradamente a los ojos, replicó:

—¡Miren al impertinente éste! Como si el majadero no debiera estar todavía agradecido a Dios de haber encontrado vivos a sus jamelgos. ¿Quién iba a cuidarles, una vez que se hizo necesario arrojar del castillo al criado? ¿No ha sido obrar en justicia hacer que los caballos se ganen con su trabajo el pienso que han comido?

Por lo demás, concluyó diciendo el alcaide que allí no se toleraba que nadie alzara la voz y que si seguía por ese camino sus perros se encargarían de hacerle hablar con más comedimiento. El tratante sentía que el corazón se le saltaba del pecho al ver la desvergüenza con que todavía se atrevía a tratarle aquel personajuelo, y momento hubo en que sintió la tentación de arrojarlo al estiércol y pisarle la cara abotargada, como hubiera podido hacerlo con una cucaracha. Sin embargo, su sentimiento de la justicia, que en él era escrupuloso y exacto, como si de una balanza de precisión se tratase, no había dicho todavía su última palabra; ante el tribunal de su propia conciencia no había adquirido aún la seguridad de que sus contrarios eran realmente culpables. Se dirigió, pues, de nuevo a los caballos, acariciándoles maquinalmente, mientras meditaba en lo que era del caso, y preguntando, finalmente, el alcaide qué era lo que había hecho el criado para que hubiera habido que arrojarlo del castillo.

—Se le ha arrojado del castillo —dijo el alcaide— por que el sinvergüenza de él se ha comportado irrespetuosamente. Se ha llegado incluso a oponer a un cambio de cuadra, pretendiendo que pasasen la noche al sereno los caballos de dos caballeros recién llegados al castillo, sólo para que estuvieran mejor sus dos jamelgos.

Kohlhaas hubiera dado el valor de sus dos caballos por que en aquel momento hubiera estado presente su criado, a fin de contrastar sus palabras con las del impertinente alcaide. Con la cabeza baja seguía pasando la mano por las crines de los animales, cuando la escena experimentó un cambio repentino al aparecer el señor de Tronka con toda una cohorte de caballeros, criados y perros, de regreso de una partida de caza. Como preguntara qué había pasado, el alcaide le presentó una versión tendenciosa y totalmente desfigurada del asunto, diciendo que el tratante

estaba armando un escándalo inusitado sólo porque sus caballos habían sido utilizados un poco en las labores de recolección.

—Figuraos, señor —continuó con ironía—, que se niega incluso a tenerlos por los suyos.

—No, noble señor —dijo en este momento Michael Kohlhaas—; éstos no son mis caballos, los caballos que valían treinta florines. ¡Yo quiero mis caballos bien alimentados y sanos, como eran!

El de Tronka, a quien las palabras del tratante le habían hecho empalidecer un momento, respondió bruscamente:

—Pues bien; si el puerco no quiere aceptar sus caballos, que los deje. ¡Vamos, Günther, Hans!

Y sacudiéndose con la mano el polvo de la ropa y pidiendo vino entró en el castillo.

Kohlhaas, por su parte, dijo que antes llamaría al desollador y mataría a sus caballos que llevarlos en el estado en que estaban a Kohlhaasenbrück. Dejó a los caballos en el lugar en que estaban, sin preocuparse ni un momento de ellos, saltó al alazán que le había traído y, advirtiéndolo que ya encontraría la manera de lograr justicia, partió del castillo.

Ya se hallaba en camino hacia Dresde cuando, pensando en su criado y en las acusaciones que contra él se habían formulado en el castillo, pensó si no sería mejor interrogarle antes de emprender ninguna otra gestión. Comprendiéndolo, así, hizo volver grupas a su caballo y partió a buen paso hacia Kohlhaasenbrück. La experiencia, en efecto, de la fragilidad de las instituciones humanas, le decía que, caso de que el criado hubiera dado realmente algún motivo para lo sucedido, como el alcaide afirmaba, su obligación era, pese a las ofensas sufridas, conformarse sin más con la pérdida de los caballos. Otro sentimiento, en cambio, cada vez más arraigado en él, a medida que oía por el camino nuevos desafueros del señor de Tronka contra los viandantes que pasaban por su castillo, le decía que en caso de que, como toda parecía indicar, lo que había pasado fuera una comedia jugada contra él, su obligación más sagrada le imponía el deber de procurarse satisfacción por las ofensas recibidas, protegiendo a sus conciudadanos de otras semejantes.

Tan pronto como llegó a Kohlhaasenbrück y abrazó a Lisbeth, su fiel compañera, y besó a los niños que se le entrelazaban entre las piernas locos de alegría, lo primero que hizo fue preguntar por su criado.

—¡No me hables de él, Michael! ¡Pobre Herse! Figúrate que este desgraciado llegó a casa hace unos quince días deshecho y apaleado como no puedes figurarte. Tan deshecho que todavía no puede respirar normalmente. Le trasladamos a la cama, donde comenzó a escupir sangre constantemente, y cuando le preguntamos no sabe más que contarnos una historia que ninguno de nosotros hemos podido entender. Que tú le habías dejado en el castillo de Tronka con unos caballos que no se te permitía pasar contigo, que le habían obligado a golpes abandonar el castillo y que no le habían permitido traerse consigo los caballos confiados a su custodia.

— Está bien — dijo Kohlhaas, quitándose la esclavina —. ¿Está ya curado?

— Casi, casi, aunque sigue escupiendo sangre. Yo hubiera querido mandar en seguida otro criado al castillo de Tronka, a fin de que cuidara a los caballos hasta tu llegada, ya que Herse se nos ha mostrado siempre tan fiel que no podía pensar que había perdido los caballos y quería disculparse de esta manera. Sin embargo, con lágrimas en los ojos me pidió que no mandase a nadie a aquel antro de bandidos y que sacrificase los caballos antes de mandar a nadie allí a una ruina segura.

— ¿Está todavía en la cama? — preguntó Kohlhaas desabrochándose el cuello.

— No, desde hace algunos días va y viene por el corral. En fin, tú mismo podrás juzgar que las cosas son como te las he contado y que lo sucedido es uno más de los muchos atropellos que se permiten los del castillo de Tronka contra los forasteros.

— Antes tengo que verlo por mí mismo — replicó Kohlhaas —. Hazme el favor, Lisbeth, de mandarme a Herse aquí, si está levantado.

Con estas palabras se arrellanó cómodamente en su butaca, mientras que su mujer, muy contenta por su calma, salió a buscar al criado.

— ¿Qué has hecho en el castillo de Tronka? — le preguntó Kohlhaas tan pronto como entró en el cuarto, acompañado de Lisbeth —. No estoy nada contento de ti.

— Tenéis razón, señor — dijo el criado, en cuyas mejillas se apuntó un leve rubor al oír estas palabras —, pues por la providencia divina tenía conmigo una candela de azufre cuando fui arrojado de aquel nido de bandidos, y en lugar de prender fuego al castillo, como tenía pensado, la arrojé al Elba al oír llorar a un niño dentro, y dije para mí: «Que Dios lo reduzca a cenizas, si quiere; pero yo no lo hago».

— ¿Qué has hecho, sin embargo, para merecer que te arrojaran del castillo? — preguntó Kohlhaas, que se había sentido emocionado por estas palabras.

— Por una mala acción, señor — dijo Herse, limpiándose el sudor que le corría por la frente —. Lo ocurrido, empero, nadie hay que lo pueda ya cambiar. Yo no quería arruinar a los caballos en las labores del campo y dije a la gente aquella que los animales eran muy jóvenes y que no habían sido enganchados todavía.

Kohlhaas, que procuraba ocultar su confusión, replicó a esto que en este punto había faltado a la verdad, pues los caballos habían sido enganchados un poco a comienzos de la primavera pasada.

— Puesto que estabas en la condición, por así decirlo, de huésped, debiste mostrarte agradecido en el castillo y prestar ayuda en las tareas del campo si, efectivamente, era tan de urgencia la recolección de la cosecha.

— ¡Y así lo hice, señor! — contestó Herse —. Como todos me ponían tan malas caras, me dije que un poco de trabajo no acabaría precisamente con los animales, y al tercer día por la mañana les enganché y traje al castillo tres cargas de gavillas.

Kohlhaas, a quien el corazón le latía aceleradamente, replicó que de ello nadie le había dicho nada, a lo cual Herse respondió que, no obstante, lo dicho era la verdad pura.

—Mi falta de condescendencia, si alguna hubo —prosiguió—, consistió en no querer que se volviese a enganchar otra vez a los caballos por la tarde, cuando apenas si habían tomado el pienso; y en que eché con cajas destempladas al alcaide y al administrador cuando me propusieron acceder a ello a cambio de comida libre, de suerte que hubiera podido quedarme con el dinero que vos me habíais dado.

—Es seguro, empero —replicó Kohlhaas—, que no ha sido esta falta de condescendencia la causa de que se te arrojara del castillo.

—¡Dios me castigue, si me olvidó de otro desafuero! Por la noche se metieron en la cuadra los caballos de dos caballeros recién llegados al castillo, atándose los míos a la puerta; y como me dirigiera al alcaide, que es el que procedía al alojamiento de los nuevos animales, preguntándole qué se proponía hacer con mis caballos, la única respuesta que obtuve fue que se me señalara como alojamiento para ellos una pocilga de cerdos, construida con tablas y chapas de metal al cobijo de la pared.

—Quieres decir que se te señaló un acomodo tan malo para los caballos que no vacilas en designarlo como pocilga.

—No, no —respondió Herse—; era una pocilga, una pocilga para cerdos, real y verdadera, en la que entraban y salían los cerdos y en la que yo no podía mantenerme de pie.

—Quizás no había verdaderamente sitio en las cuadras y, en cierto modo, los caballos de los amigos del señor tenían un cierto derecho de preferencia.

—Sitio había poco —dijo el criado con voz apagada—. En el castillo se hallaban siete caballeros a la sazón, pero si hubierais sido vos el que tenía que disponer, no hubieseis vacilado en hacer que los caballos se estrecharan todos un poco. Yo mismo dije al alcaide que iba a alquilar una cuadra para mis caballos en la aldea, pero éste me respondió que quería tener a los dos animales bajo su vista y que Dios me valiera si trataba de sacarlos del castillo.

—Y tú, ¿qué le respondiste?

—Como el administrador me dijo que los dos caballeros no harían más que pasar la noche en el castillo y que partirían al día siguiente, transigí, y llevé a mis dos caballos a la pocilga. Pero el día siguiente pasó sin que los amigos del señor de Tronka partieran y pasó también otro día, y al tercero se me dijo que los visitantes permanecerían todavía unas semanas en el castillo.

—En final de cuentas, de seguro que no estaba tan mal la pocilga, Herse, como pudo parecerme a primera vista.

—Es verdad —replicó éste—; después de limpiar un poco aquello, la cosa era tolerable. Di a la porquera unas monedas para que llevara los cerdos a otra parte y además, en cuanto apuntaba el día, quitaba del techo de la pocilga unas maderas, de suerte que los caballos podían estar de pie hasta la noche, sacando la cabeza por arriba. Le aseguro, señor, que parecían gansos o yo qué sé, mirando como lo hacían hacia Kohlhaasenbrück o Dios sabe hacia dónde. Por la noche volvía a poner las tablas y los caballos se tendían.

—Pero, bueno —le interrumpió Kohlhaas—: ¿cuál fue, con todos los demonios, la causa de que te arrojaran del castillo?

—¡Creedme, señor! Sólo porque querían desprenderse de mí, sólo porque sabían que mientras yo estuviese allí no les iba a ser posible acabar con los caballos. Por todas partes me topaba con caras agrias y hostiles, pero como yo no les hacía caso, decidieron traer la ocasión por los pelos y echarme del castillo.

—Sí, sí; pero, ¿y el pretexto? No es posible que te echaran sin ningún motivo.

—Eso, sí: pretexto hubo; y de los más razonables y justos. Al anochecer del segundo día pasado en la pocilga, saqué a los caballos, que se habían ensuciado, y quise llevarlos a la poza que servía de abrevadero. En el mismo momento, empero, en que me disponía a atravesar el portón del castillo, oigo detrás de mí voces y griterío y veo al alcaide con criados, perros y palos, todos detrás de mí y vociferando: «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Detenedle!», como si el diablo los poseyera. La guardia de la puerta me cierra el camino y yo le pregunté a él lo mismo que a los que detrás de mí venían, qué ocurría para que se promoviera tal escándalo. «— ¿Que qué ocurre? —me dice el alcaide cogiendo de la brida a mis dos caballos—. ¿Dónde ibas con los caballos?» «— ¿Dónde iba a ir? —respondo yo—. Al abrevadero. ¿O es que creéis...?» «— ¿Conque al abrevadero? —grita el alcaide—. Yo te enseñaré a nadar por el camino real hasta Kohlhaasenbrück.» Y así diciendo, me coge del pecho y el administrador por una pierna, y sin más me derriban del caballo, dando con todos mis huesos en el suelo. «— ¡Canallas! ¡Asesinos! —grito yo—. Dadme los arreos, las mantas y el saco de ropa que he dejado en la cuadra.» Mientras tanto, veo cómo el administrador se aleja con los caballos y cómo los demás se arrojan sobre mí con palos, piedras y látigos, ensañándose de tal suerte en mi pobre persona que, antes de que pudiera valerme, yacía semimuerto bajo el portón del castillo. Apenas si tengo tiempo para levantarme y decir: «—Ladrones, ¿dónde os lleváis a mis caballos?» Pero como si estas palabras fueran una señal, comienza el alcaide a vociferar: «¡Fuera del castillo! ¡Fuera!», y azuza contra mí a la jauría de los perros. Como fieras se arrojan éstos sobre mí, y aunque valiéndome de un trozo de lata o algo semejante puedo deshacerme de tres de ellos, los demás me desgarran las carnes de tal manera que tengo que retroceder cubierto de sangre y sin fuerzas. Suena un silbido, los perros retroceden, oigo cerrar con estrépito la puerta del castillo y allí quedo yo sin sentido, tendido en medio de la carretera.

Con el rostro pálido como la muerte y forzándose por aparecer tranquilo, todavía pregunta Michael Kohlhaas a su criado:

—Herse, dime la verdad: ¿no era quizás efectivamente tu intención escaparte del castillo?

Un rojo vivo cubrió el rostro del criado al oír estas palabras, y Kohlhaas insistió:

—A mí puedes confesármelo. No te gustaba la pocilga y pensaste para ti que en las cuadras de Kohlhaasenbrück es seguro que se estaba mejor.

— ¿Cómo podéis decir eso, señor? ¿Iba yo a dejar entonces en la pocilga los arreos, las mantas y un saco con mi ropa? ¿Hubiera dejado allí escondidos en el pesebre mis

tres buenos florines? ¡Por Dios vivo que, cuando os oigo hablar así, tengo intenciones de volver a encender la candela que tiré al Elba!

— Bueno, bueno — dijo Kohlhaas —, no te lo decía para irritarte. Cuanto has dicho, no lo olvides, te lo creo palabra por palabra, y si llega la ocasión no vacilaría en tomar la comunión después de haberlo repetido. Sólo siento que no te haya ido mejor en mi servicio. Vete a la cama, Herse, que te den una botella de vino y consuélate pensando en que se te hará justicia.

Con estas palabras el tratante se levantó de su asiento, registró en un papel las cosas que el criado había dejado en la pocilga con el valor exacto de cada una al lado, le preguntó en cuánto tasaba los gastos de curación y dándole de nuevo la mano le despidió.

A continuación relató a su mujer todo lo sucedido y las causas últimas de la historia, manifestándole que estaba decidido a apelar a los tribunales en demanda de justicia, un propósito al que ella misma le animó con todas sus fuerzas. Lisbeth pensaba, en efecto, que era posible que el destino hiciera pasar por el castillo a gentes menos pacientes que su marido y que sería una obra grata a los ojos de Dios poner coto a tales desafueros; por lo demás, los gastos del proceso no sería difícil cubrirlos con el producto del negocio. Kohlhaas le dijo que era una mujer entera y valiente, pasó unos días gozando de su compañía y de la de los niños, y en cuanto sus asuntos se lo permitieron partió para Dresde a fin de presentar la demanda ante los tribunales.

En Dresde redactó su escrito con ayuda de un jurisconsulto, exponiendo con todo detalle el atropello de que él y su criado Herse habían sido objeto por parte del caballero Wenzel von Tronka, pidiendo el castigo de los culpables, restitución de los caballos en su estado anterior e indemnización de los daños y perjuicios que tanto él como su criado habían sufrido. El caso, en efecto, estaba claro como la luz del día. La circunstancia, sobre todo, de que los caballos habían sido retenidos ilegalmente, daba evidencia a todo lo demás, e incluso si se aceptaba que los caballos habían enfermado casualmente, no por eso dejaba de ser justa y fundada la pretensión del tratante de que le devolviesen sanos y buenos. Mientras que Kohlhaas permaneció en Dresde no le faltaron tampoco amigos que prometieron apoyarle con todas sus fuerzas en el pleito entablado; su negocio, tan intenso en toda aquella región, le había procurado muchos conocidos, mientras que la honradez de que siempre había dado pruebas le había conquistado la benevolencia y simpatía de las personas más influyentes del territorio. Se sentó varias veces a la mesa de su abogado, que era también una personalidad de prestigio, dejó en sus manos una suma de dinero para hacer frente a los gastos del pleito y, al cabo de unas semanas, regresó de nuevo a Kohlhaasenbrück al lado de su mujer, convencido por aquél de que su demanda había de prosperar sin duda alguna. No obstante, pasaron meses y casi un año desde entonces, y Kohlhaas no recibió de Sajonia ni noticias del curso de su asunto ni menos aun la resolución del mismo. Después de haber preguntado repetidas veces en la relatoría del tribunal, siempre sin resultado, el tratante escribió una carta confidencial a su abogado, preguntándole sobre la causa de tan extraña dilación. La respuesta fue que, debido a una insinuación de lo alto, el tribunal de Dresde había desestimado la demanda en todas sus partes. Y como Kohlhaas escribiera extrañado preguntando por las razones

de tan inesperada resolución, el abogado le respondió diciendo que el caballero Wenzel von Tronka era pariente de otros dos nobles, Hinz y Kunz von Tronka, uno de los cuales era copero del soberano y otro incluso gentilhombre. El abogado le decía, asimismo, que debía desistir de toda tentativa por la vía del Derecho, limitándose a recoger sus caballos tal como estaban en el castillo de Tronka; a la vez, le insinuaba que, al parecer, el de Tronka, que se encontraba a la sazón en Dresde, había dado las órdenes oportunas a su gente para que le entregaran los caballos. La carta terminaba con unas breves palabras del abogado, pidiéndole que, caso de no conformarse con esta solución, tuviera al menos la bondad de no dirigirse más a él en el asunto.

Kohlhaas se encontraba precisamente en Brandenburgo, donde su corregidor, Heinrich von Geusau, a cuya jurisdicción pertenecía Kohlhaasenbrück, se ocupaba en aquellos días en constituir varias instituciones benéficas para enfermos y pobres con una importante suma de dinero que había correspondido a la ciudad. El corregidor se esforzaba, sobre todo, en aprovechar para uso de impedidos un manantial de aguas minerales que brotaba en una aldea del distrito y de cuyas propiedades curativas se prometía la gente mayores beneficios que los que la experiencia iba a confirmar en el futuro. Y como Kohlhaas le conocía de la época en que había estado en la corte, el corregidor permitió que Herse ensayara si las virtudes curativas del manantial le servían de alivio en una dificultad respiratoria que le había quedado desde los terribles días pasados en el castillo de Tronka. Dio la casualidad que el corregidor se hallaba al borde del manantial en que Kohlhaas había colocado a Herse, cuando un mensajero de su mujer le trajo al tratante la carta de su abogado en Dresde. El corregidor, que mientras hablaba con el médico pudo ver que Kohlhaas dejaba caer una lágrima sobre la carta que acababa de abrir y leer, se acercó al tratante y le preguntó en forma cordial y amistosa qué clases de malas noticias le había traído el mensajero. Sin responder una palabra, Kohlhaas le entregó para que leyera la carta que acababa de recibir, y el corregidor, que sabía la indignante injusticia que con él se había cometido en el castillo de Tronka y como consecuencia de la cual se hallaba todavía enfermo, quizás para toda la vida, el pobre Herse, puso la mano sobre el hombro del tratante, diciéndole que no debía perder el valor, pues él mismo se iba a encargar de ayudarle. Por la noche se llegó Kohlhaas a la residencia del corregidor, y éste le dijo que lo que tenía que hacer era redactar un escrito de súplica describiendo brevemente lo ocurrido y uniendo a él la carta del abogado, dirigirlo todo al elector de Brandenburgo y añadir que, por razón de la violencia que se había ejercido contra él en territorio sajón, se veía obligado a apelar a la protección del soberano del territorio. El corregidor le añadió que él mismo se encargaría de hacer llegar el memorial al elector, y que estaba seguro de que éste, a poco que le fuera posible, intervendría en el caso cerca del elector de Sajonia. Con esto le bastaría para conseguir que pese a todas las artes del de Tronka, el tribunal de Dresde le deparase la justicia debida.

Kohlhaas, a quien todo ello llenó de alegría, dio vivamente las gracias al corregidor por su benevolencia, diciéndole que lo único que sentía era no haber llevado directamente el asunto a Berlín, sin haber intentado hacer valer su derecho en Dresde, y después de que en la cancillería del tribunal local se redactó la súplica con todas las formalidades exigidas, entregó el escrito al corregidor y retornó a

Kohlhaasenbrück más tranquilo que nunca acerca del resultado de su causa. A las pocas semanas, sin embargo, un oidor que había ido a Postdam enviado por el corregidor le dio la mala noticia de que el elector había entregado su escrito al canciller conde de Kallheim, y que éste, en vez de dirigirse directamente a la corte de Sajonia pidiendo la investigación del caso y el castigo de los culpables, había ordenado que se pidieran primero informes sobre el asunto al caballero von Tronka. El oidor, cuyo carruaje se hallaba parado delante de la casa del tratante y que parecía tener el encargo de dar estas noticias a Kohlhaas, no pudo dar ninguna respuesta satisfactoria cuando éste le preguntó qué objeto tenía entonces el apelar a los tribunales. El oidor añadió sólo que el corregidor le recomendaba paciencia, pareció deseoso de proseguir en seguida su viaje, y sólo al final de la conversación pudo adivinar Kohlhaas por un par de palabras pronunciadas como al acaso, que el conde de Kallheim se hallaba unido por lazos de afinidad con la casa de los Tronka.

Kohlhaas, que no sentía ya alegría ni en la cría de sus caballos ni en la casa, ni apenas en el trato con su mujer e hijos, permaneció pensativo y silencioso los días próximos con el presentimiento de un futuro tenebroso. Como si efectivamente lo hubiera adivinado, al cabo de unos días volvió Herse, al que los baños le habían procurado algún alivio, y le entregó un rescripto acompañado de una carta del corregidor. Este último le decía que sentía mucho no poder hacer nada por él, que le enviaba la resolución de la cancellería del Estado y que le aconsejaba que recogiese sus caballos en el castillo de Tronka, abandonando definitivamente el asunto. La resolución que se contenía en el rescripto decía que Kohlhaas no era más que un querellante incorregible; que el caballero de Tronka no retenía ni mucho menos los caballos, los cuales podía recoger cuando quisiera o decir, al menos, a aquél adonde debía enviárselos, y que en todo caso la cancellería del Estado le intimaba a que no ocupara su tiempo con tales rencillas y chismes.

Kohlhaas, a quien lo que menos importaba eran los caballos —el mismo dolor hubiera sentido si se hubiese tratado de dos perros—, bramaba de furia a la lectura del rescripto. A cada rumor que oía en el patio, miraba temblando de cólera hacia la puerta, temiendo ver aparecer a las gentes del de Tronka que le traían los caballos esqueléticos y deshechos, y que quizás incluso iban a entregárselos con una disculpa. No pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que un conocido que acababa de pasar por la carretera le trajese la noticia de que sus caballos seguían trabajando en las tierras del de Tronka, al igual que los de la pertenencia de éste. En medio del dolor que le causó ver hasta qué punto el desorden se había apoderado del mundo, una alegría le recorrió al considerar que el orden reinaba al menos en su pecho. Hizo que viniera un vecino que, desde hacía largo tiempo, acariciaba el proyecto de aumentar sus propiedades por compra de las tierras colindantes y, después de hacerle sentar, le preguntó cuánto estaría dispuesto a dar por todas las propiedades que él, Kohlhaas, poseía en Brandenburgo y en Sajonia lo mismo si eran muebles que inmuebles. Lisbeth, su mujer, quedó blanca como una muerta al oír estas palabras. Se volvió y levantó del suelo a su hijo menor, que estaba jugando a sus pies, sin dejar de mirar con ojos desorbitados al tratante y a un papel que éste sostenía entre sus manos. El vecino que oyó hablar así a Kohlhaas se le quedó mirando fijamente y le preguntó qué le había ocurrido para concebir tan extraños pensamientos. Kohlhaas, a su vez, esforzándose en dar a su tono de voz el matiz más despreocupado posible, le

respondió que la idea de vender su granja a orillas del Havel no era nueva, ni mucho menos, y que ya ambos habían conversado en ocasiones sobre el asunto; que su casa en los arrabales de Dresde era tan sólo un aditamento a su granja, que carecía de objeto sin ésta, y en fin, que si estaba dispuesto a comprar ambas propiedades, él, por su parte, se hallaba también dispuesto a firmar inmediatamente el oportuno contrato. En un tono festivo que sonaba a falso, Kohlhaas añadió que Kohlhaasenbrück no era, ni mucho menos, el mundo; que podía haber objetivos en comparación con los cuales el estar al frente de su hogar como buen padre de familia aparecía como algo inferior e indigno; y, finalmente, que su ánimo estaba dispuesto a grandes cosas, de las cuales el vecino quizás oiría y a no tardar. Este último, tranquilizado por tales palabras, dijo medio en broma, dirigiéndose a la esposa del tratante, la cual no hacía más que besar sin descanso a su hijo, que esperaba que no querrían que pagara en el acto, puso sobre la mesa el sombrero y el bastón, que hasta entonces había tenido entre las rodillas, y se puso a leer la hoja de papel que le alargó Kohlhaas.

El tratante dijo, a su vez, que se trataba de un contrato de compraventa con un plazo de cuatro semanas, durante las cuales el comprador podía volverse atrás de él; le mostró que todas las formalidades estaban cumplidas y que no faltaba más que su firma y la determinación tanto del precio como de la cantidad que el comprador se obligaba a pagar si desistía del contrato en el plazo señalado, y le insistió en tono despreocupado para que hiciese una oferta, asegurándole que él, por su parte, era justo y no pondría grandes dificultades.

Mientras tanto, Lisbeth iba y venía por el cuarto y su pecho se elevaba con tal violencia que el chai que llevaba al cuello, y con cual había jugado hasta entonces el niño, estaba a punto de resbalarle de los hombros. El vecino, a su vez, dijo que no podía evaluar el precio de la propiedad de Kohlhaas en Dresde a lo cual respondió éste poniéndole de manifiesto las cartas cambiadas cuando él la adquirió y diciendo que, a su entender, el valor de la misma podía fijarse en cien florines, si bien de los documentos se desprendía que le había costado a él la mitad más. El vecino volvió a leer el contrato con su cláusula de desistimiento y, medio decidido ya, dijo sólo que los caballos que se hallaban en las cuadras no podía comprarlos, porque de nada le servían a él, a lo cual replicó Kohlhaas que nunca había tenido la intención de desprenderse de los caballos, y que también quería retener algunas armas que se encontraban en la casa. Una y otra vez dudó el vecino y, por fin, repitió una oferta hecha por él una vez a Kohlhaas en el curso de un paseo, pero tan poco en consonancia con el valor de la granja, que sólo medio en broma se había atrevido a hacerla en aquella ocasión. Kohlhaas le acercó pluma y tintero, y como el vecino, que no podía creer lo que veía, le preguntase de nuevo si efectivamente estaba dispuesto en serio a concluir el contrato, replicó el tratante, un poco irritado, si es que creía que se dedicaba a hacer objeto de bromas a sus vecinos.

Ante tales palabras, tomó éste al fin la pluma con un gesto pensativo y trazó su firma al pie del documento, aunque tachando la cláusula según la cual podía desistir de la compra y añadiendo, en cambio, otra que permitía al vendedor anular el contrato en el plazo de dos meses. El tratante, emocionado por este proceder, le estrechó vigorosamente la mano, y después de haber convencido como una de las condiciones principales que el comprador había de pagar inmediatamente en

metálico la cuarta parte del precio de la compra y el resto dentro de tres meses en el Banco de Hamburgo, pidió Kohlhaas que se trajera una botella de vino para celebrar el buen negocio que acababa de concluir. A la muchacha que vino con la botella le indicó en seguida que Sternbad, un criado, debería ensillarle inmediatamente su alazán, pues, según dijo tenía que partir inmediatamente para la ciudad para arreglar algunos asuntos; finalmente, añadió que cuando estuviera de vuelta se expresaría francamente sobre algunos extremos que ahora tenía que reservar para sí. A continuación y mientras llenaba los vasos, comenzó a preguntar al vecino por los polacos y los turcos, a la sazón en guerra, envolviéndolo en una serie de conjeturas políticas; finalmente, bebió otra vez para solemnizar el contrato firmado y se despidió del vecino y comprador.

Cuando este último salió de la estancia, Lisbeth se arrojó sollozante a los pies de su marido.

—Si me tienes algún cariño y si son algo para ti los hijos que te he traído al mundo, si hemos cometido alguna culpa que yo no sepa, ¡dime, por Dios, qué significa toda esta horrible transacción que acabas de concluir con nuestro vecino!

—Esposa mía —dijo Kohlhaas—, nada de lo que has visto significa nada que deba darte motivo de preocupación, tal como las cosas están ahora. He recibido una resolución en la que se me dice que mi demanda contra el caballero de Tronka no es más que una querrela de mala fe. Y como no estoy dispuesto a que haya lugar aquí a ningún entredicho, he tomado la decisión de entregar personalmente mi demanda al soberano de nuestro territorio.

—¿Y por qué quieres vender tu casa? —exclamó Lisbeth, levantándose del suelo con un gesto de perturbada.

—¿Que por qué? —dijo Kohlhaas oprimiendo a su mujer dulcemente contra su pecho—. Porque no quiero permanecer ni un momento más en un país en el cual no se me protege en mi derecho. Si he de ser pisoteado, mejor quiero ser un perro que un hombre. Estoy seguro de que mi mujer piensa en este punto exactamente como yo.

—¿Y por qué sabes que no se te ha de proteger en tu derecho? —replicó Lisbeth fuera de sí—. Si te acercas al soberano con compostura y modestamente, como es tu obligación, ¿quién te dice que se te ha de arrojar de su lado o que se te ha de contestar negándose a oírte?

—¡Muy bien! —dijo Kohlhaas—. Si mis temores a este respecto son infundados, nada se ha perdido, pues la casa no está todavía vendida definitivamente. Nuestro soberano es justo, de ello estoy seguro, y si me es posible llegar hasta su persona a través de los que le rodean, no tengo ni la más mínima duda de que alcanzaré justicia. En este caso, me tienes aquí antes de que termine la semana y ojalá que Dios me conceda permanecer a tu lado hasta el fin de mis días. Sin embargo, como es conveniente prepararse para todo posible evento, desearía que, si es posible, partieras por algún tiempo al lado de tu tía en Schwerin, a la cual, por lo demás, hace mucho que deseabas visitar.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Que yo me vaya de aquí! ¡Que pase la frontera y parta a Schwerin al lado de mi tía!...

Y la desesperación parecía ponerla un nudo en la garganta.

—Eso mismo; y, además, en seguida, a fin de que no haya nada que pueda estorbarme en las gestiones que he de emprender en mi asunto.

—¡Ahora te entiendo! —exclamó Lisbeth—. ¡Lo que tú necesitas ahora son sólo caballos y armas! ¡Todo lo demás puede tomarlo el primero que lo quiera!

Y así diciendo, la mujer del tratante se dejó caer en una butaca, llorando convulsivamente.

—¿Qué actitud es ésta, Lisbeth? —dijo Kohlhaas sin poder dominar su emoción—. Dios me ha dado mujer, hijos y bienes de fortuna. ¿Es que habré de desear que mejor hubiera sido que no hubiese sido así?

El tratante se sentó con estas palabras al lado de su mujer, que al oírle hablar había enrojecido, estrechándole entre sus brazos.

—Dime —prosiguió Kohlhaas, mientras le apartaba suavemente el cabello del rostro—, ¿qué crees que debo hacer? ¿He de renunciar a mi derecho? ¿Crees que debo ir al castillo de Tronca, pedir a su gente que me entreguen los caballos, humillarme y traértelos aquí?

Lisbeth no se atrevió a decir «¡Sí, sí!», y moviendo tristemente la cabeza se apretó más contra él, cubriendo su pecho con besos apasionados.

—¡Muy bien! —exclamó Kohlhaas—. Si tú misma comprendes que si he de proseguir entregado a mi oficio, antes he de procurar que se me haga justicia, concédeme también la libertad: que me es necesaria para conseguirlo.

Con estas palabras se levantó el tratante y como en este momento entrara el criado en la habitación para decirle que tenía ya ensillado su alazán, le advirtió que para el día siguiente tenía que tener dispuestos también otros caballos a fin de llevar a la señora a Schwerin. Pero Lisbeth dijo:

—¡Un momento! ¡Tengo una idea!

Y, efectivamente, se levantó de su asiento, se secó las lágrimas y preguntó a su marido si no quería entregarle el escrito y dejarla ir a Berlín, en lugar de él, a fin de entregarlo ella personalmente en manos del soberano.

—¡Ay, esposa! —dijo Kohlhaas—. Desgraciadamente, tu idea no es realizable. El soberano se halla rodeado de muchas gentes y el que trata de acercarse a él está expuesto a dificultades y peligros sin cuento.

Lisbeth, empero, le objetó que en mil casos es más fácil a una mujer que a un hombre acercarse al soberano.

—¡Dame el escrito! —repitió—. Y si verdaderamente lo único que deseas es que llegue a manos del soberano, yo te aseguro que ha de llegar.

Kohlhaas, que tenía cien pruebas del talento y del valor de su mujer, le preguntó qué medios pensaba utilizar para conseguir su propósito. Con el rostro cubierto de

rubor, le respondió Lisbeth que el conserje mayor del palacio del elector la había cortejado en tiempos anteriores, cuando se hallaba en Schwerin, y que, aun cuando ahora estaba casado y tenía ya varios hijos, se mantenía, sin embargo, la amistad entre ellos. En resumen, que pensaba aprovecharse tanto de ésta como de muchas otras circunstancias, cuya descripción detallada llevaría demasiado tiempo, Kohlhaas la besó con gran alegría, le dijo que aceptaba complacido su proyecto, la indicó que bastaba con que viviese en casa del conserje mayor para tener ocasión de encontrarse con el elector en palacio, le dio el escrito, hizo que enganchasen dos caballos y la envió bien abrigada con Sternbald.

De todas las gestiones emprendidas por él, este viaje fue, sin embargo, la más desdichada. Pocos días después, en efecto, aparecía en la granja Sternbald conduciendo lentamente un carro en el que venía tendida Lisbeth con gravísimas contusiones en el pecho, Kohlhaas, que, blanco como un sudario, se había precipitado al carruaje, no pudo obtener ninguna noticia ordenada de lo que había acontecido. Según dijo el criado, el conserje no se hallaba en casa cuando llegaron, de suerte que hubieron de alojarse en una posada al lado del palacio del elector; a la mañana siguiente salió Lisbeth de la posada, ordenando al criado que no se moviera del lado de los caballos. Por la noche la trajeron en el estado en que se la veía. Al parecer, había intentado acercarse demasiado a la persona del soberano y, aunque sin culpa de éste, uno de los guardias le había propinado con la contera de la alabarda un golpe terrible en el pecho. Así al menos, decían las gentes que por la noche la trajeron a la posada sin conocimiento; ella misma, en efecto, apenas si podía hablar, pues la sangre le salía a cada momento de la boca. El escrito que llevaba en la mano le había sido tomado después por un caballero. Sternbald dijo que su intención había sido venir en seguida a caballo a avisar a su señor, pero que Lisbeth había insistido, en contra del parecer del médico que la asistía, en que se la trasladase a Kohlhaasenbrück, sin dar noticia previamente a su marido de lo que había pasado. La desdichada Lisbeth, a quien el viaje había destrozado por completo, fue llevada por su marido al lecho, donde todavía vivió algunos días, aunque entre terribles dolores. En vano se trató de que explicara lo ocurrido; con ojos fijos y vidriosos permaneció inmóvil durante todo este tiempo sin que pronunciara una sola palabra. Sólo poco antes ya de su muerte le volvió, una vez más, el conocimiento. En estos momentos se acercó a su lecho un sacerdote con la intención de leer a la moribunda algunos versículos de la Biblia, pero cuál sería el asombro de los circunstantes cuando vieron a Lisbeth incorporarse, quitar de las manos del pastor la Sagrada Escritura y buscar algo afanosamente en ella, hasta que señaló con un dedo a su marido el versículo en que se lee: «Perdona a tus enemigos; haz bien incluso a los que te odian». A continuación, y dirigiendo una mirada de amor infinito a su esposo, le estrechó la mano y expiró.

Kohlhaas, por su parte, pensó y se dijo para sí: «¡Que Dios no me perdone, si perdono yo a Wenzel von Tronka!», besó el cuerpo inerte de su esposa, mientras las lágrimas le corrían por el rostro, le cerró los ojos y abandonó el aposento. Inmediatamente echó mano de los cien florines que el vecino le había dado a cuenta por la casa de Dresde y encargó un entierro, que más parecía dispuesto para una princesa que para la mujer de un tratante de caballos: un ataúd de encina con numerosos adornos de metal, cojines de seda con borlas de oro y plata y una tumba

de ocho codos de profundidad, revestida de piedra y cal. Él mismo, con su hijo más joven en brazos, presencié cómo se abría la tumba. Cuando llegó el día del entierro, se situó el cadáver; blanco como la nieve, en una sala cubierta de tapices negros. Apenas había terminado su plática el oficiante cuando recibió Michael Kohlhaas la resolución dictada por el soberano en relación con el escrito que había sido tomado de manos de su mujer después de herida. En la resolución se le ordenaba que recogiera los caballos del castillo de Tronka y que, so pena de ser reducido a prisión, no volviera a mover el asunto. Kohlhaas se guardó el pliego e hizo que colocaran el ataúd en el carro. Tan pronto como quedó cubierta la tumba, colocada la cruz sobre ella, y despedidos los invitados que habían acompañado el cadáver a su última morada, cayó de rodillas Kohlhaas ante el lecho de su esposa, ahora desierto, y comenzó a poner en obra su venganza. Se sentó a una mesa y redactó un edicto conminatorio, en el cual él, Michael Kohlhaas, condenaba y sentenciaba, en virtud de sus propios poderes, al caballero Wenzel von Tronka, ordenándole que, en el plazo de tres días, trajera a Kohlhaasenbrück los dos caballos que le había quitado y destrozado en las labores del campo, obligándose a alimentarlos en persona hasta tanto que volviesen al estado en que se hallaban antes de ser retenidos en el castillo. Esta decisión la envió al de Tronka por medio de un mensajero, al que advirtió que, inmediatamente después de entregarla, regresara sin pérdida de tiempo a Kohlhaasenbrück. Pasados que fueron los tres días sin que tuviera lugar la entrega de los caballos, llamó a Herse y le explicó el contenido de la resolución que había hecho llegar al de Tronka, preguntándole, a la vez, si estaba dispuesto a ir con él al castillo a buscar al caballero; y, en segundo lugar, si tenía inconveniente en manejar como era debido la fusta sobre él, caso de que se resistiera a dar pienso a sus caballos en las cuadras del castillo. No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando Herse gritó más que exclamó: «¡Sí, hoy mismo!», echó la gorra a lo alto y dijo que iba a tejer un vergajo con diez nudos para darle una lección al canalla y miserable. En vista de ello, vendió Kohlhaas su casa, envió bien acondicionados a sus hijos más allá de la frontera, reunió al anochecer a los demás criados, todos ellos de fidelidad incondicional, los armó y partió con los ocho de compañía hacia el castillo de Tronka.

Al anochecer del tercer día cayó con el pequeño grupo de criados contra el castillo, derribaron al guardabarrera y a los guardianes que se hallaban en conversación bajo el portón, saquearon y prendieron fuego a todas las dependencias dentro del recinto del castillo y mientras Herse se dirigía a la torre y acometía a golpes y puñaladas al alcaide y administrador que, casi en paños menores, entretenían la velada jugando, Kohlhaas se lanzó como una exhalación al interior de la fortaleza en busca del de Tronka. El ángel exterminador parecía haber descendido de lo alto. Wenzel von Tronka leía en aquel momento entre resonantes carcajadas a un grupo de amigos la conminación que había recibido de Kohlhaas; no había llegado, empero, al final de su lectura cuando oyó en el patio la voz del tratante y pálido como un cadáver apenas si tuvo tiempo para exclamar:

— ¡Sálvese quien pueda! — y desapareció.

Kohlhaas, que al entrar en la sala cogió con sus manos de hierro a Hans von Tronka, que parecía salirle al encuentro, arrojándolo con tal fuerza a un rincón que le deshizo el cráneo contra el pavimento, preguntó a grandes voces, mientras los

criados desarmaban y hacían prisioneros a los otros caballeros que habían intentado hacer uso de las armas:

– ¿Dónde está Wenzel von Tronka?

Viendo que los caballeros medio entontecidos nada podían decirle, recorrió el castillo de arriba abajo, haciendo saltar las puertas donde éstas se le oponían al paso. Como a nadie encontrara, volvió profiriendo maldiciones al patio del castillo y ordenó que se vigilaran todas las salidas. En el entretanto, el fuego de las primeras dependencias se había extendido a los demás edificios y una humareda densa y terrible se elevaba hacia el cielo; Sternbald y otros tres criados recogían del castillo todo lo que manos de hombre podían arrancar, situando el botín sobre los caballos, y Herse gritaba de júbilo al ver caer desde la torre los cadáveres del alcaide y del administrador con sus mujeres e hijos. Kohlhaas bajaba lentamente las escaleras del castillo cuando se le arrojó a los pies la vieja ama de llaves del de Tronka, una anciana atormentada por el reuma. Kohlhaas se detuvo un momento sólo para preguntarle dónde estaba Wenzel von Tronka, a lo cual la vieja le respondió con voz temblorosa y apagada que creía que se había refugiado en la capilla del castillo. Sin esperar a más, llamó el tratante a dos criados con antorchas, hizo que saltaran la puerta de la capilla y registró con sus hombres el templo entero, sin dejar ni el altar ni los bancos, pero sin hallar rastro del desaparecido caballero. Volvía Kohlhaas de su infructuosa busca en la capilla, cuando dio la casualidad de que se cruzó en su camino un mozo de cuadra del de Tronka, que corría para salvar de su establo amenazado por el fuego el caballo de batalla del señor del castillo. Kohlhaas, que en este momento vio en una tejavana cubierta con paja a sus dos caballos, preguntó al aterrado mozo que por qué no salvaba a aquellos dos animales, y como éste respondiera, mientras introducía la llave en la cerradura del establo, que la tejavana ardía ya, le arrancó Kohlhaas la llave de las manos, la arrojó por encima de los muros y, golpeando sin piedad al mozo con la espada, le obligó a entrar en la tejavana en llamas y a salvar, entre las carcajadas de los circunstantes, a los dos pobres caballos allí encerrados. Sin embargo, cuando el mozo con el horror pintado en el rostro salió de la tejavana, en el momento en que ésta se derrumbaba, llevando de la brida a los dos caballos, no pudo encontrar ya a Michael Kohlhaas, y cuando se dirigiera a los criados y al mismo tratante preguntando repetidamente qué es lo que debía hacer con los caballos, levantó Kohlhaas el pie con tal fuerza, que de haberle cogido es seguro que no lo contara más. Sin responderle de otra manera, Kohlhaas montó su alazán, se colocó a la puerta del castillo y esperó allí la venida del día, mientras sus criados daban fin a la obra comenzada. Cuando amaneció, no quedaba del castillo más que los muros, y ni un alma viviente había allí, a excepción de Kohlhaas y sus criados. Bajó de nuevo del caballo y registró con todo detenimiento a la luz del sol los últimos rincones, hasta que tuvo que darse por convencido de que había fracasado en su empresa. Profiriendo maldiciones, envió a Herse y otros criados a que indagasen en los lugares próximos la dirección que había tomado el de Tronka. Lo que sobre todo le inquietaba era una colegiata, llamada Erlabrunn y situada a orillas del Mulde, cuya abadesa, Antonia von Tronka, era conocida en la comarca como una dama piadosa, caritativa y virtuosa. El desgraciado Kohlhaas tenía, en efecto, por harto verosímil que el huido hubiera buscado asilo en esta colegiata, cuya abadesa era su tía carnal y la persona que le había educado en su infancia. Meditado que hubo sobre

esta posibilidad, subió a la torre del castillo, de la cual sólo un cuarto era poco más o menos habitable, y redactó un sedicioso «Decreto Kohlhaasiano», en el cual exhortaba a todo el país a no ayudar en manera alguna al caballero Wenzel von Tronka, con quien él se hallaba empeñado en una guerra justa, intimando a todos, incluidos sus mismos parientes y amigos, a entregársele, si no querían hacerse reos de pena capital y ver reducidos a cenizas sus bienes y propiedades. Por medio de viandantes y gentes de la comarca hizo circular esta orden por todo el territorio y dio a Waldmann una copia de la misma, a fin de que la entregara personalmente a Antonia von Tronka, en Erlabrunn. A continuación discutió con algunos servidores del castillo, que descontentos con el de Tronka y seducidos por la perspectiva del botín, querían entrar a su servicio, los armó al uso de la gente de a pie con ballestas y puñales, y les enseñó a caminar detrás de los jinetes, y después de haber convertido en dinero todo lo que su gente había reunido como botín y de repartir el numerario entre ellos, se sentó a la puerta del castillo a reposar un momento.

Hacia el mediodía regresó Herse y le confirmó lo que ya su corazón, preparado siempre para lo peor, le había venido diciendo: que el de Tronka se encontraba en la colegiata de Erlabrunn bajo la protección de su tía Antonia. Al parecer había podido escapar por una puerta excusada del castillo que venía a dar sobre el Elba, y de allí, utilizando una gabarra, había llegado hasta la aldea próxima, donde, para extrañeza de la gente, a la que el incendio del castillo había sacado de sus casas, había aparecido por la noche, siguiendo en un carricoche rumbo a Erlabrunn.

Kohlhaas exhaló un profundo suspiro al oír estas noticias, preguntó si los caballos habían tomado el pienso y al decirsele que sí, dio orden de ponerse en marcha, encontrándose a las tres horas delante de la colegiata. Acababa de entrar con su gente en el patio de la misma, mientras a lo lejos resonaba oscuramente el rodar de la tormenta y acababa de salirle al encuentro Waldman, comunicándole haber hecho su encargo en la forma mandada, cuando vio aparecer en la puerta del monasterio a la abadesa y al alcaide, empeñados ambos en una acalorada disputa. Mientras el alcaide, un hombre de poca estatura y cabellos blancos, se hacía poner el arnés y ordenaba con voces descompuestas a la servidumbre que tocaran a rebato, bajó lentamente las escaleras la abadesa con un crucifijo de plata en la mano y se arrojó con todas las demás monjas ante el caballo de Kohlhaas. Herse y Sternbald se lanzaron sobre el alcaide, que no tenía espada, lo sujetaron y le pusieron como prisionero entre los caballos; Kohlhaas se dirigió, en cambio, a la abadesa preguntándole por el paradero de Wenzel von Tronka.

— ¡En Wittenberg, Kohlhaas, digno varón! — dijo Antonia von Tronka, añadiendo con voz entrecortada —: Teme a Dios y no cometas ninguna injusticia.

Arrojado de nuevo al infierno de la venganza insatisfecha, se disponía ya Kohlhaas a ordenar a su gente que prendiera fuego al monasterio, cuando estalló un trueno espantoso y cayó un rayo a su lado. Volviendo el caballo en dirección a la abadesa, Kohlhaas le preguntó si había recibido su decreto.

— Ahora mismo — respondió ésta con voz apenas perceptible.

— ¿Cuándo?

— Dios me es testigo de que dos horas después de haber partido ya mi pariente.

Al oír estas palabras, Kohlhaas se volvió con una mirada terrible a Waldmann, el cual tartamudeando le explicó que las lluvias habían hecho subir tanto las aguas del Mulde, que hasta este momento no había podido llegar a Erlabrunn.

Kohlhaas recapacitó un momento; un aguacero repentino apagó las antorchas haciendo restallar el agua en las piedras del pavimento. De nuevo el dolor clavó su agujón en aquel pecho desgraciado y, saludando brevemente a la abadesa, metió espuelas a su caballo, gritando a su gente:

— ¡Seguidme, amigos! ¡Él de Tronka está en Wittenberg!

Al hacerse de noche tomó albergue con su gente en una posada del camino, permaneciendo allí un día entero, a fin de procurar descanso a sus caballos, harto fatigados por la caminata de los días anteriores. Como, a la vez, comprendía perfectamente que con los diez hombres de que ahora disponía no podía pretender tomar una ciudad como Wittenberg, redactó un nuevo manifiesto, en el cual, después de relatar brevemente los hechos, exhortaba a «todo buen cristiano», bajo «promesa de una prima en dinero y otras ventajas propias de gentes de armas», a unirse inmediatamente a él «en la causa contra el caballero Wenzel von Tronka, como enemigo que es de toda la cristiandad». En otro manifiesto redactado poco después, se llamaba a sí mismo «noble y libre señor, sólo sometido a Dios»; pese a esta excentricidad enfermiza y torpe, el sonido de su dinero y la perspectiva de botín le procuraron toda una multitud de seguidores entre la chusma a quienes la paz con Polonia había dejado sin oficio ni pan, y ello de tal suerte, que cuando atravesó el Elba con intención de reducir a cenizas a Wittenberg, se agrupaba ya de tras de él una tropa de treinta cabezas. Poco antes de Wittenberg sentó sus reales en medio de un espesísimo bosque que entonces circundaba a dicha ciudad, alojando a sus hombres y caballos en un cobertizo solitario. A continuación mandó a Sternbald disfrazado a la ciudad para que diera allí a conocer su manifiesto y apenas volvió éste con la noticia de haber cumplido tal misión, cuando, la noche anterior a Pentecostés, partió con toda su gente a Wittenberg, prendiendo fuego a la plaza en varios sitios, mientras sus habitantes dormían a pierna suelta. Además, y mientras sus soldados asolaban y saqueaban los arrabales de la ciudad, hizo fijar en los pilares de una iglesia un bando en el que decía que él, Michael Kohlhaas, había prendido fuego a la ciudad y que caso de que no se le entregara a Wenzel von Tronka, había de reducirla de tal manera a cenizas, que no «había de necesitar mirar detrás de ningún muro para dar con él».

El horror de los habitantes ante este increíble desafuero fue indescriptible. Gracias a que se trataba de una noche estival relativamente serena, las llamas no destruyeron más que diecinueve casas, entre ellas una iglesia; apenas se hizo, sin embargo, de día y quedaron sofocados los incendios, cuando el corregidor de la villa, Otto von Gorgas, reunió un destacamento de cincuenta hombres a los que envió a fin de hacerse con el terrible Kohlhaas. El jefe del destacamento, empero, un capitán Gerstenberg, se comportó tan torpemente, que la expedición, en lugar de aniquilar a la gente de Kohlhaas, sólo sirvió para rodearle de una aureola bélica harto peligrosa. Gerstenberg dividió, en efecto, su fuerza en una serie de pequeños grupos, a fin, decía, de cercar y aplastar al rebelde, pero Kohlhaas procedió a la inversa y manteniendo reunidas sus fuerzas, pudo atacar en diversos puntos a las fuerzas del

capitán y derrotarlas aniquiladoramente en cada ocasión, y ello hasta tal punto que al anochecer del día siguiente no tenía frente a sí ninguno de los soldados en los que se había basado la esperanza de los aterrorizados habitantes de la región.

Kohlhaas, que había perdido algunos hombres en estos encuentros, prendió fuego de nuevo a la ciudad a la mañana siguiente, y su criminal atentado estuvo tan bien dirigido, que otra vez quedaron reducidos a cenizas toda una serie de casas y todos los graneros de los arrabales de Wittenberg. A la vez fijó de nuevo su conocido manifiesto en la ciudad, esta vez en una esquina de las casas consistoriales, añadiendo una breve noticia sobre la suerte que había cabido al capitán von Gerstenberg y a las tropas que a su mando había enviado el corregidor. Este último, presa de una ira indescriptible ante tal arrogancia, se puso él mismo con otros caballeros a la cabeza de un destacamento de ciento cincuenta hombres. Dio una guardia personal a Wenzel von Tronka que la había pedido por escrito, a fin de protegerle de la cólera del pueblo, que quería arrojarle sin más de Wittenberg y, después de haber dejado algunos puestos en todas las aldeas de los alrededores y de haber reforzado los centinelas de las murallas, a fin de evitar toda sorpresa, salió él mismo, el día de San Gervasio, a fin de apresar a la fiera que asolaba la región.

Kohlhaas fue suficientemente inteligente para evitar un encuentro decisivo con estas tropas, y después de emprender una serie de marchas habilísimas, con las que fue atrayendo al corregidor y a sus hombres hasta alejarlos cinco millas de los muros, haciéndoles creer que tenía intención de huir a Brandenburgo ante el temor de verse aniquilado si no lo hacía, volvió grupas repentinamente al anochecer del tercer día, retornó en una marcha forzada a Wittenberg y prendió fuego a la ciudad por tercera vez.

Herse, que se encontraba disfrazado dentro de sus muros, fue quien guió este terrible atentado y fue el viento aquella noche tan violento, que el fuego se extendió con rapidez inusitada, reduciendo a cenizas, en menos de tres horas, cuarenta y dos casas, dos iglesias, varios monasterios y escuelas y el mismo palacio del corregidor con todas sus oficinas. El corregidor, que creía ya a su enemigo en tierras de Brandenburgo y que al tener noticias de lo ocurrido retornó a marchas forzadas a la ciudad, encontró a sus habitantes en franca rebelión; el pueblo se había congregado ante la casa del de Tronka, defendida por ahora por vigas y barricadas, pidiendo a voz en grito su expulsión de la ciudad. Dos alcaldes, llamados Jenkins y Otto, que ostentando las insignias de su cargo se habían enfrentado con la multitud, trataban en vano de apaciguarla, diciendo que había que esperar el retorno de dos mensajeros enviados a la cancillería del Estado, con el fin de recabar permiso para trasladar al de Tronka a Dresde, cosa que éste mismo deseaba por muchas razones. La multitud, armada de picas y barras de hierro, había ya maltratado de obra a algunos concejales que habían pedido que se tomaran medidas severas contra los revoltosos, y se disponía a asaltar la casa en que se albergaba Wenzel von Tronka, cuando el corregidor, Otto von Gorgas, apareció en la ciudad a la cabeza de sus fuerzas. Este anciano noble y digno, cuya mera presencia bastaba siempre para infundir al pueblo respeto y obediencia, había conseguido como escasa compensación a su fracasada empresa poner la mano encima a tres de los seguidores de Kohlhaas, que habían perdido el contacto con el grueso de las fuerzas de éste en las proximidades de la

ciudad. Los tres prisioneros aparecieron ante el pueblo cargados de cadenas y el corregidor aseguró a la multitud que estaba sobre la pista del incendiario a quien no tardaría mucho en presentarlo, también aherrojado, a la vista pública; apoyado por esta circunstancia casual, el corregidor consiguió apaciguar transitoriamente el terror de la multitud y moverla a esperar, hasta tanto que volvieran los mensajeros enviados a Dresde. Inmediatamente hizo apartar las barricadas que se habían alzado como defensa ante la casa del de Tronka y penetrando en ella encontró a éste que salía de un desmayo para entrar en otro, mientras dos médicos se esforzaban en sostenerle las fuerzas con toda suerte de medicamentos. Otto von Gorgas, que comprendió que no era ésta la ocasión para entrar en explicaciones con él, le dirigió una mirada de desprecio y se contentó con decirle que debía vestirse y venir con él.

Cuando Wenzel von Tronka, al que se había puesto un jubón y un casco en la cabeza, apareció en la calle apoyado en el brazo del corregidor y de su cuñado el conde de Gerschau, un trueno de maldiciones e injurias salió contra él de la boca de la multitud. El pueblo, apenas retenido por los lansquenets, le llamaba sanguijuela, miserable y aborrecible tirano, la maldición de Wittenberg y la plaga de Sajonia. Y después de un largo camino a través de la ciudad en ruinas, durante el cual se le cayó repetidamente, sin que él lo notara, el casco, debiendo ponérselo de nuevo un caballero que caminaba tras de él, llegaron, por fin, a la prisión, en una de cuyas torres desapareció custodiado por una numerosa guardia.

Mientras tanto, el retorno de los mensajeros enviados a Dresde sumió a la población en nuevas preocupaciones. El gobierno del país, en efecto, ante el cual había protestado directamente la población de Dresde, no quería saber nada del traslado a esta ciudad de Wenzel von Tronka antes de que se hubiera detenido al terrible incendiario; al contrario, hacía obligación del corregidor poner todas sus fuerzas disponibles al servicio de la protección del caballero, dondequiera que éste se encontrase, asegurando a la vez a la leal Wittenberg que se había puesto en camino una fuerza de quinientos hombres, al mando del príncipe de Meissen, la cual bastaría para protegerla de nuevos atentados.

El corregidor se dio inmediatamente cuenta de que una resolución de esta especie no podía servir para aplacar al pueblo. En primer lugar, porque una serie de encuentros parciales en que había salido victorioso el incendiario, había hecho circular rumores altamente desagradables sobre el número de partidarios de que disponía; en segundo término, porque la guerra que éste llevaba a cabo por chusma disfrazada dentro de la ciudad y valiéndose de pez, paja y azufre, era, en verdad, inaudita y sin ejemplo, pero a la vez de tal naturaleza como para hacer ineficaz una protección aún mayor de la que el príncipe de Meissen podía ofrecer. En vista de todas estas consideraciones, el corregidor se decidió, tras breve reflexión, a no mostrar a nadie la resolución que acababa de recibir. Lo único que hizo fue fijar en las esquinas de la ciudad una carta del príncipe de Meissen anunciándole su llegada con las tropas a su mando; de la ciudad salió, por lo demás, al romper el día un carruaje completamente cerrado y custodiado por cuatro soldados armados hasta los dientes, el cual emprendió con grandes precauciones el camino de Leipzig carretera adelante, mientras que los que componían su escolta daban a entender con medias palabras que se dirigían al palacio de Pleissen.

Una vez aplacado de esta manera el pueblo con la desaparición del de Tronka, a cuyo nombre se hallaban unidos desolación y dolor, salió el corregidor de la ciudad al frente de trescientos hombres, a fin de unirse al príncipe Friedrich von Meissen. Gracias a la singular posición que ocupaba en aquellos días, Kohlhaas había conseguido efectivamente que el número de sus partidarios ascendiera a la suma de ciento nueve hombres; como, además, había logrado hacerse con un depósito de armas en Jessen, todos sus hombres iban armados de la manera más perfecta y adecuada. En esta situación, y habiendo tenido noticias de la doble amenaza que se cernía sobre él, el antiguo tratante se decidió a hacer frente con la rapidez del rayo a lo que se le venía encima. Lo primero que hizo fue atacar por sorpresa una de las noches siguientes al príncipe de Meissen, a la sazón en las cercanías de Mühlberg. En este encuentro perdió, con harto dolor por su parte, a Herse, que cayó víctima de una descarga a poco de empezar el combate, pero presa de una cólera rabiosa por esta misma pérdida, se lanzó con tal furia contra las fuerzas del príncipe, que al cabo de tres horas de lucha, éste, herido gravemente y viendo el desorden que reinaba entre su gente, optó por emprender la retirada hacia Dresde.

Envalentonado por este éxito, se volvió contra el corregidor, antes de que éste pudiera tener noticia de lo sucedido, cayó sobre él en la aldea de Damerow, en pleno día y a campo descubierto, y aunque con pérdidas terribles, mantuvo la lucha con él hasta la noche, haciéndole retroceder hasta el cementerio de la aldea. Aquí le hubiera atacado sin duda alguna al día siguiente, si el corregidor, informado que fue de lo sucedido al príncipe, no hubiera creído también más conveniente retirarse a Wittenberg en espera de mejor ocasión.

Cinco días después de derrotar a los dos destacamentos, se encontraba ya delante de Leipzig y prendía fuego a la ciudad por tres sitios diferentes. En el manifiesto que repartió con este motivo, se llamaba a sí mismo «lugarteniente del Arcángel San Miguel, venido para castigar a sangre y fuego a todos aquellos que tomen partido por el caballero Wenzel von Tronka». Desde el castillo de Lützen, además, en el que se había hecho fuerte después de haberlo asaltado, dirigió una exhortación al pueblo a fin de que se uniera a él para establecer en el país un orden de cosas más justo; este manifiesto estaba firmado como por un perturbado: «dado en la sede de nuestro gobierno universal provisional, en el archicastillo de Lützen».

La suerte de los habitantes de Leipzig quiso que el fuego no tomara incremento, gracias a una lluvia intensa y constante que cayó aquella noche, de manera que sólo algunas barracas situadas en las proximidades del palacio de Pleissen fueron destruidas por las llamas. Sin embargo, no hay palabras para describir el espanto de la ciudad al tener así noticia de la proximidad del terrible incendiario y al decirle los hechos que estaba convencido de que Wenzel von Tronka se hallaba dentro de los muros de la ciudad.

Se envió contra él un destacamento de ciento ochenta hombres, pero como volvieron a poco derrotados y deshechos por Kohlhaas, las autoridades de la ciudad, que no podían arriesgar toda la riqueza de la misma, decidieron cerrar a piedra y lodo las puertas de Leipzig y colocar a la milicia armada sobre los muros montando guardia permanente. En vano fue que las mismas autoridades hicieran fijar en las aldeas de los alrededores declaraciones solemnes asegurando que el de Tronka no se

encontraba en Leipzig; Kohlhaas hizo, a su vez, fijar otras declaraciones semejantes, insistiendo en que el caballero se hallaba en el palacio de Pleissen y que aun cuando efectivamente no se encontrase allí, procedería con la ciudad como si se hubiese refugiado en ella, hasta tanto que no se le indicase con certeza cuál era el lugar en que se escondía.

El elector, informado por un mensajero de la terrible situación en que se hallaba la ciudad, respondió diciendo que estaba reuniendo una fuerza de dos mil hombres y que se pondría él mismo a su frente para capturar al incendiario. Casi simultáneamente recibía Otto von Gorgas una comunicación del soberano, haciéndole saber su enojo por el dudoso ardid de que se había valido para alejar a Kohlhaas de la región de Wittenberg, y nadie puede pintar la confusión y el espanto que se apoderó de toda Sajonia, y especialmente de su corte, cuando se supo que en las aldeas próximas a Leipzig había aparecido un pasquín anónimo dirigido a Kohlhaas y en que se decía: «Wenzel von Tronka se encuentra con sus primos Hinz y Kunz en Dresde».

Tales eran las circunstancias, cuando el doctor Martín Lutero, valiéndose de su posición, emprendió la tarea de hacer que Michael Kohlhaas retornara a los límites y fronteras del orden, apelando al más ardiente de todos los motivos que hervían en el pecho del antiguo tratante. A los pocos días, en efecto, apareció fijado en todas las ciudades, aldeas y caseríos de Sajonia un manifiesto firmado por el mencionado doctor y dirigido a Kohlhaas, que rezaba:

«A ti, Michael Kohlhaas, que te dices enviado para empuñar la espada de la justicia, ¿cómo te atreves, arrogante, a hablar de ello, tú que de la cabeza a los pies eres la imagen de la misma injusticia? Porque el soberano del país de quien tú eres subdito, te ha negado tu derecho en una cuestión insignificante, te lanzas tú, hombre dejado de la mano de Dios, contra la comunidad que él protege assolándola a sangre y fuego. Tú, que engañas a las gentes con este pretexto lleno de mentira y argucia, ¿crees que podrás valerte con ello ante Dios el día en que el Señor de todo lo criado lea hasta en lo más profundo de los corazones? ¿Cómo puedes decir que te ha sido negado tu derecho, cuando renuncias a conseguirlo al primer fracaso con que tropiezas en tu camino? ¿Es el soberano la chusma de criados o esbirros que retienen una carta que deben entregar o que ocultan unos datos que están obligados a comunicar? Y más he de decirte, hombre dejado de la mano de Dios: el soberano, puedo asegurarte, nada sabe de tu asunto y ni siquiera conoce tu nombre, de suerte que si tú un día crees poder acusarlo ante el trono de Dios, él podrá responder que nunca ha cometido injusticia contra ti, pues ni tu existencia le era conocida. La espada que tú esgrimes es la espada del robo y del asesinato; tú eres un rebelde y no un paladín de la causa de Dios y tu fin aquí en la tierra es la rueda y la horca, y en el más allá la condenación que corresponde a todos los malhechores y ateos.»

Kohlhaas meditaba a la sazón un nuevo plan para reducir a Leipzig a cenizas, pues para él ninguna fe merecían los pasquines comunicando que Wenzel von Tronka se hallaba en Dresde, dado sobre todo que no estaban firmados por las autoridades de la ciudad, como él había exigido. Fue en este momento cuando Sternbald y Waldmann vieron y leyeron el manifiesto anterior, fijado por la noche en los soportales del castillo de Lützen, que Kohlhaas había convertido en su cuartel

general. Ninguno de los dos se atrevía a llamar la atención de Kohlhaas sobre el documento, y durante varios días esperaron en vano que él mismo lo viese. Cabizbajo y ensimismado apareció, en efecto, por la noche a la puerta del castillo, pero sólo para dar algunas órdenes y sin que su mirada se posase un momento en el papel.

Una mañana había de salir Kohlhaas del castillo para presidir la ejecución en la horca de algunos de sus hombres que, sin su permiso, se habían entregado al saqueo en la comarca, y Sternbald y Waldmann resolvieron aprovechar la ocasión para hacerle leer el manifiesto. Era el momento en que Kohlhaas volvía del lugar de la ejecución con la pompa y ceremonia que acostumbraba desde la publicación de su último manifiesto: delante, una gran espada sobre un cojín de cuero rojo ornado de oro, y detrás doce criados con antorchas encendidas. Delante de los criados y siguiendo a la espada caminaba Kohlhaas meditabundo, con las manos a la espalda, cuando Sternbald y Waldmann, ambos con su espada bajo el brazo, se colocaron al lado del pilar en que se hallaba fijada la alocución del doctor Martín Lutero.

Kohlhaas, al que la presencia de los dos criados hizo levantar la cabeza, abrió los ojos y los clavó en el papel; los criados se retiraron respetuosamente y Kohlhaas, casi sin mirarlos, se acercó al pilar. ¿Quién acertaría, empero, a describir lo que pasó en su alma cuando leyó el documento? La sangre se le agolpó en el rostro, se quitó el casco de la cabeza, leyó y releyó aquellas líneas por dos veces, recorrió con la vista a sus hombres como si quisiera decirles algo, pero sin pronunciar una palabra, arrancó el papel y lo leyó de nuevo y, finalmente, exclamó:

— ¡Waldmann! ¡Haz que me ensillen el caballo!

Y a continuación:

— ¡Sternbald! ¡Ven conmigo al castillo!

Las palabras del documento que acababa de leer habían bastado para revelarle repentinamente el abismo de horror en que él mismo se había arrojado. Se disfrazó como un campesino de Turingia, dijo a Sternbald que un asunto de máxima importancia le obligaba a partir para Wittenberg, le entregó en presencia de los principales de sus hombres el mando de la fuerza que dejaba en Lützen, y partió para Wittenberg, asegurando que estaría de vuelta a los tres días, durante cuyo plazo no había que temer ataque alguno.

En Wittenberg se alojó con nombre supuesto en una posada y, apenas entrada la noche, salió cubierto con una capa y provisto de dos pistolas, fruto del botín en el castillo de Tronka, dirigiéndose a casa del doctor Martín Lutero. Éste, que se hallaba ante una mesa llena de libros y papeles, al ver entrar en su aposento y cerrar la puerta tras de sí a un extraño, levantó la cabeza y preguntó:

— ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Apenas el recién venido había pronunciado con voz apagada su nombre de Michael Kohlhaas, cuando Lutero, alzándose del asiento y tratando de echar mano a la campanilla, exclamó:

— ¡Apártate de mí! Tu aliento es hedor y tu presencia horror.

Sin hacer un solo movimiento y sacando una de sus pistolas, Kohlhaas se contentó con decir:

— Si tocáis esa campanilla, esta pistola me tenderá sin vida a vuestros pies. Sentaos y oídme. Ni entre los ángeles, cuyos salmos estáis copiando, estaríais más seguro que a mi lado.

— ¿Qué quieres, pues? — preguntó Lutero volviendo a ocupar su asiento.

— Refutar la idea que tenéis de mí, de que soy un hombre injusto. En vuestro manifiesto a mí dirigido habéis escrito que el soberano nada sabe de mi asunto. Perfectamente, procuradme un salvoconducto y partiré a Dresde y le someteré mi demanda.

— ¡Hombre horrible y sin conciencia! — exclamó Lutero, confuso y tranquilizado a la vez por estas palabras—. ¿Quién te ha dado el derecho de pronunciar por ti decisiones jurídicas y de tratar de ponerlas en ejecución cayendo sobre Wenzel von Tronka? ¿Quién te ha dado el derecho, al no encontrarle en su castillo, para asolar a sangre y fuego toda la comunidad que le protege?

— Nadie, desde luego — replicó Kohlhaas—. Una noticia recibida por mí de Dresde me ha engañado. La guerra que yo llevo a cabo contra la comunidad de los hombres es, lo confieso, un delito, si es verdad, como vos me habéis asegurado, que no he sido expulsado de ella.

— ¿Expulsado? — exclamó Lutero, mirándole fijamente—. ¿Qué delirio se ha apoderado de ti? ¿Quién puede haberte expulsado de la comunidad del Estado en que tú vives? ¿Cuándo, desde que hay Estados, se ha dado el caso de que alguien haya sido expulsado de su seno?

— Yo llamo expulsado de la comunidad — dijo Kohlhaas apretando los puños— a aquel a quien se le niega la protección de la ley. Esta protección la preciso para progresar en el ejercicio pacífico de mi profesión. Más aún; por causa de esta protección me he incluido en la comunidad estatal con todo aquello que poseo. Quien me niega la protección de la ley, me lanza a la compañía de los salvajes en el desierto y me pone en la mano la espada con que protegerme a mí mismo.

— ¿Quién te ha negado la protección de la ley? — volvió a exclamar Lutero—. ¿No te he escrito ya que nuestro soberano no sabe nada de la demanda presentada por ti? Si tiene servidores que ocultan los asuntos a sus espaldas o que se ríen de su nombre y dignidad, sin que él se entere de ello, ¿quién otro sino Dios puede pedirle cuentas por la elección de tales servidores? ¿Es que tienes tú autoridad para ello, hombre maldito y terrible?

— Está bien — replicó Kohlhaas—. Si es cierto que el soberano no me ha expulsado de la comunidad de sus súbditos, a ella vuelvo sin vacilación. Procuradme, os lo repito, un salvoconducto para ir a Dresde, que yo, por mi parte, disolveré las fuerzas que tengo reunidas en Lützen y presentaré de nuevo mi demanda ante los tribunales del país.

Con un gesto de enfado, Lutero colocó unos sobre otros los papeles que tenía ante sí y quedó silencioso un momento. La actitud terca e inquebrantable de este hombre

extraño le causaba irritación, pero recapacitando sobre el edicto conminatorio que Kohlhaas había dirigido al de Tronka le preguntó qué era lo que exigía del tribunal de Dresde.

—Castigo de Wenzel von Tronka con arreglo a las leyes —contestó Kohlhaas—; que se restablezca a los caballos en el estado en que estaban al ser dejados en el castillo por mí y reparación de los daños y perjuicios sufridos por mí y por mi criado Herse, muerto en el encuentro de Mühlberg, como consecuencia del desafuero cometido contra nosotros.

—¡Daños y perjuicios! —exclamó Lutero—. ¡Deudas ingentes has contraído en letras y prendas con judíos y cristianos para poder llevar a cabo tu venganza salvaje! ¿Es que vas a ponerlas también en la cuenta de la reparación que demandas?

—¡Dios me libre! —exclamó Kohlhaas—. Ni mi casa ni mi hacienda, ni el bienestar que poseía reclamo de nuevo, como no reclamo tampoco los gastos del entierro de mi mujer. La anciana madre de Herse presentará una liquidación de los gastos de curación de su hijo, así como una lista de las cosas perdidas por él en el castillo de Tronka, y el gobierno es el llamado a fijar por medio de peritos el daño que yo he sufrido por no haber podido vender mis dos caballos.

—¡Hombre desafortunado e inconcebible! —exclamó Lutero mirándole fijamente—. Después que tu espada ha tomado ya la más horrenda venganza del caballero de Tronka, ¿qué es lo que te mueve ahora a insistir en que se te reconozca un derecho de tan escasa importancia en comparación con lo que ya te has tomado?

—He perdido a mi mujer, señor —dijo Kohlhaas mientras una lágrima le rodaba por las mejillas—, y Michael Kohlhaas quiere mostrar al mundo que su mujer no ha muerto por una causa injusta. Ceded en este punto a mi voluntad y dejad que sea el tribunal el que decida; en lo demás, soy yo el que me someto a vos.

—Lo que exiges es justo, si las circunstancias del caso son efectivamente como la gente dice. Hubieras puesto la decisión en manos del soberano antes de tomarte la venganza por ti mismo, y es seguro que tu demanda hubiera sido satisfecha punto por punto. Pero, sin embargo, ¿no hubieras hecho mejor si, en memoria de tu Salvador, hubieses perdonado al caballero de Tronka, y hubieses accedido a llevar tus dos caballos a Kohlhaasenbrück, esqueléticos y hambrientos como estaban?

—¡Es posible! —dijo Kohlhaas acercándose a la ventana—. Si hubiese sabido que había de recuperarlos con la sangre de mi mujer, es posible que hubiera precedido como me decís y que no me hubiera detenido ante un celemín más o menos de avena. Pero hoy me han costado ya tan caros, que la cosa tiene que seguir su curso. Dejad que recaiga la sentencia que me es debida y que el caballero de Tronka me reponga a los caballos.

Poniendo en orden de nuevo sus papeles, mientras mil pensamientos le cruzaban el cerebro, Lutero dijo que entraría en contacto con el elector acerca del caso. Mientras tanto, Kohlhaas debería permanecer tranquilo en el castillo de Lützen y si el soberano le concedía, en efecto, salvoconducto para dirigirse a Dresde, no tardaría en saberlo por medio de boletines.

—Sin embargo —dijo Lutero, mientras que Michael Kohlhaas se inclinaba para besarle la mano—, no puedo decirte si el elector estará dispuesto a hacer que la gracia sustituya a la justicia. Según mis noticias, nuestro soberano está reuniendo un ejército con el que piensa atacarte y prenderte en Lützen. Mientras tanto, empero, puedes estar seguro de que por mí no ha de quedar.

Y así diciendo se puso en pie, indicando que la conversación había durado bastante.

Al día siguiente envió el doctor Martín Lutero un mensaje al elector de Sajonia, en el cual, después de aludir con dureza a los caballeros Hinz y Kunz von Tronka, los cuales, como todo el mundo sabía, habían ocultado la demanda de Kohlhaas a los ojos del soberano, exponía a éste que dadas las graves circunstancias no había otro camino sino aceptar la proposición del antiguo tratante, concediéndole amnistía por todos sus crímenes, a fin de poder someter de nuevo a juicio el pleito que tenía con el caballero Wenzel von Tronka. La opinión pública, añadía, se pronunciaba en forma peligrosa por este hombre, e incluso en Wittenberg, incendiado tres veces por él, la gente estaba en general a su lado. Era además seguro que, caso de rechazarse su proposición, Kohlhaas lo hiciera público a los cuatro vientos, consiguiendo que el pueblo se pusiera de tal forma a su lado, que poco podría hacer en contra el mismo poder del Estado. El mensaje terminaba diciendo que, dado lo extraordinario del caso, había que prescindir de todos los reparos que pudieran oponerse a entrar en negociaciones con un súbdito que se había alzado en armas contra las autoridades legítimas; que la actitud que se había observado con él había situado a Kohlhaas en cierto modo fuera de las vinculaciones estatales, y que, en una palabra, a fin de terminar de una vez con el asunto, era mejor que se le considerase como una potencia extraña que había caído sobre el país, que como un rebelde contra el trono.

El elector recibió el mensaje hallándose presentes en su palacio el príncipe Christiern von Meissen, generalísimo del imperio y tío del príncipe Friedrich von Meissen, todavía en cama como consecuencia de las heridas sufridas en Mühlberg; el conde de Wrede, gran canciller del tribunal; el Graf Kallheim, presidente de la cancillería del Estado, y los dos caballeros Hinz y Kunz von Tronka, copero y gentilhombre, respectivamente, del soberano, amigos suyos de la juventud y sus hombres de confianza.

Kunz von Tronka, que en su condición de consejero áulico tenía a su cargo la correspondencia secreta del elector y estaba autorizado para usar de su nombre y de sus armas, fue quien primero hizo uso de la palabra, diciendo, ante todo, que nunca hubiera rechazado la demanda del tratante contra su primo Wenzel von Tronka si, engañado por datos e informes falsos, no hubiera creído que se trataba de una querrela desprovista de todo fundamento, y pasó a considerar la situación del momento. A su entender, ni las leyes humanas ni las divinas autorizaban a Kohlhaas a tomar una venganza tan terrible como la que se había tomado, sólo por una injusticia involuntaria como la que había dado origen a todo el asunto; al mismo tiempo, pintó la aureola que iba a circundar al antiguo tratante, caso de que se entrara en negociaciones con él, pareciéndole tan insoportable la vergüenza que a la vez caería sobre la persona del elector, que antes preferiría que su primo cumpliera la sentencia de Kohlhaas a ver aceptada la proposición del doctor Martín Lutero.

El conde de Wrede, gran canciller del tribunal, manifestó, por su parte, que lamentaba sólo que el caballero Kunz von Tronka, que tan exquisita preocupación mostraba ahora por el prestigio de su señor, no hubiera cuidado del mismo cuando el caso comenzó. Hizo constar al elector los reparos que se oponían a poner en movimiento los medios coactivos del Estado para la ejecución de una medida a todas luces injusta; aludió con una mirada significativa al eco que estaba hallando el tratante en el país y expuso que, en su sentir, sólo una sentencia justa podía poner coto a los desafueros que assolaban al país, sacando, a la vez, al gobierno de la difícil situación en que ahora se encontraba.

A continuación el elector pidió al príncipe Christiern von Meissen que expusiera su opinión, y éste, haciendo una reverencia al gran canciller, manifestó que si bien sentía un gran respeto por la mentalidad de que sus palabras habían dado testimonio, no por ello se sentía menos obligado a llamar la atención sobre el hecho de que su proposición parecía olvidar que Kohlhaas había incendiado a Wittenberg y Leipzig y assolado el país, y que todos los perjudicados tenían derecho también, o a que se les resarciera de los daños sufridos o al menos a que el culpable sufriera la pena consiguiente. Kohlhaas –añadió– había perturbado de tal suerte el orden estatal, que era difícil creer que éste pueda ser restablecido con principios sacados de la ciencia jurídica. Por todo ello, su opinión era la misma que la de Kunz von Tronka, a saber: que se movilizaran los medios adecuados por parte del Estado a fin de terminar de una vez con el incendiario.

Kunz von Tronka, que había escuchado atentamente las palabras del príncipe, tomó de la pared dos sillas, una para el elector y otra para aquél, diciendo que era una dicha para él ver cómo un hombre de la honradez y talento del príncipe coincidía con él en la manera de poner fin al enojoso asunto. El príncipe, empero, tomó la silla de sus manos y sin sentarse, pero mirándole fijamente, añadió que en realidad no veía la razón para que se alegrase por sus palabras, pues su opinión era, en efecto, que se procediera severamente contra Kohlhaas, pero a la vez también había que detenerle a él, Kunz von Tronka, llevándole ante los tribunales por utilización abusiva del nombre del soberano. Si es necesario a veces, continuó, dejar caer un velo sobre hechos delictivos difíciles de ser juzgados, por encadenarse unos con otros, es siempre imperativo ineludible castigar aquel primer desafuero, causa de todos los demás. Sólo llevándole a los tribunales y pidiendo para la pena capital caso de encontrarle culpable, podía el Estado sentirse en posesión del derecho para proceder al aniquilamiento de Kohlhaas, cuya causa era justa a todas luces, como todo el mundo sabía.

A estas palabras el elector miró turbado a su gentilhombre, y su rostro se puso encendido, mientras se acercaba a la ventana. Tras una pausa en que todos guardaron silencio, hizo uso de la palabra el conde de Kallheim, diciendo que ninguna de las propuestas formuladas servía para salir del círculo vicioso en que las cosas se encontraban. Con la misma razón que al caballero Kunz von Tronka, podía también llevarse a los tribunales al príncipe Friedrich von Meissen, pues también éste había vulnerado en muchos extremos las instrucciones que se le habían dado en la expedición dirigida bajo su mando contra Kohlhaas. De tal suerte que, si efectivamente iba a indagarse qué personas eran las culpables de la situación actual,

no había duda de que entre ellas se encontraba el príncipe Friedrich, el cual, por razón de lo ocurrido en Mühlberg, debía ser llevado a los tribunales.

Mientras que el elector se dirigía indeciso a su mesa, hizo uso de la palabra Hinz von Tronka, manifestando a modo de preludio que no concebía cómo era posible que hombres tan prudentes como los allí reunidos no hubiesen caído aún en la única resolución adecuada para el caso. Si había entendido bien, Kohlhaas había prometido disolver las fuerzas con las que había caído sobre el país, a cambio tan sólo de que se le concediera un salvoconducto para ir a Dresde y presentar de nuevo su demanda ante el tribunal competente. De ello no se deducía, empero, siguió diciendo el copero, que había que concederle amnistía por los terribles atropellos con los que había querido tomarse venganza por su mano; dos conceptos que tanto el doctor Lutero como el Consejo de Estado parecían confundir.

—Una vez dictada sentencia por el tribunal de Dresde en la demanda de Kohlhaas referente a sus dos caballos —añadió—, nada impide, sea cual sea el tenor de la misma, que se detenga al tratante y se le lleve a los tribunales para responder de los robos e incendios de que es autor. He aquí una solución política y prudente, que combina las dos opiniones aquí expuestas y que, sin duda, merecerá el aplauso del mundo y de la posteridad.

Como el mismo príncipe y el gran canciller no respondieran a estas palabras más que con una mirada, pareciendo dar a entender que la discusión había terminado, se levantó el elector y despidiendo a los presentes dijo que meditaría sobre las opiniones expuestas y daría a conocer su resolución en la próxima reunión del Consejo. Su corazón, muy sensible al sentimiento de la amistad, había perdido toda gana de emprender la expedición punitiva contra Michael Kohlhaas, una vez oída la opinión del príncipe Christiern von Meissen, que estimaba que la medida preliminar para ello era la detención de Kunz von Tronka. De otra parte, el conde de Wrede, cuya opinión tenía el elector por la más adecuada, le mostró cartas de las cuales se desprendía que las fuerzas de Kohlhaas habían aumentado a cuatrocientos hombres, siendo de temer, dado el descontento del país, que estos efectivos se duplicaran o triplicaran en un breve espacio de tiempo.

Todo ello movió al soberano a aceptar sin mayores reflexiones el consejo del doctor Lutero, poniendo en manos del conde de Wrede todo el asunto del antiguo tratante. Pocos días después aparecía ya un decreto, cuya parte principal decía:

«Nos..., elector de Sajonia, movidos a ello por la benévola recomendación del doctor Martín Lutero, concedemos salvoconducto a Michael Kohlhaas, tratante en caballos de Brandenburgo, a fin de que pueda dirigirse a Dresde, y siempre bajo la condición de que dentro de tres días de tener conocimiento de este documento deponga las armas. Este salvoconducto tiene por objeto que pueda someter de nuevo su demanda acerca de los dos caballos ante el tribunal de Dresde, y ello de tal suerte que si el tribunal rechaza su demanda, caerá sobre él todo el peso de la ley por su intento de procurarse la justicia por su mano, mientras que, en caso contrario, se le concede tanto a él como a sus seguidores plena amnistía por las violencias cometidas en tierras de Sajonia.

Apenas había recibido Kohlhaas un ejemplar de este decreto, fijado en todos los lugares de Sajonia, cuando disolvió las fuerzas que se habían agrupado bajo su mando, repartiendo a sus hombres regalos, dándoles las gracias por los servicios prestados y no escatimándoles advertencias para el futuro. Todo cuanto había cogido como botín en dinero, armas o utensilios lo depositó como propiedad del Estado en el tribunal de Lützen; envió a Waldmann con cartas a fin de que anulara, si ello era posible, la venta de su granja, confirió a Sternbald el encargo de recoger en Schwerin a sus hijos, a quienes ahora quería tener cerca de sí, y partió para Dresde de incógnito, llevando consigo en valores el pequeño patrimonio que le quedaba.

Acababa de romper el día y toda la ciudad dormía aún, cuando Kohlhaas llamaba a la puerta de su casa en los arrabales de Dresde, saliendo a abrirle Thomas, el anciano encargado de la propiedad, de quien se apoderaron el asombro y el espanto al ver a su amo. Kohlhaas le encargó que partiera inmediatamente a decir al príncipe de Meissen que había llegado él, Kohlhaas, el tratante en caballos.

El príncipe de Meissen, que al recibir la noticia tuvo por más conveniente informarse por sí mismo de la clase de hombre que era el rebelde, se dirigió acompañado de caballeros y escolta a la casa de Kohlhaas, encontrando ya en las calles que a ella conducían una enorme multitud. La noticia de que había llegado el ángel exterminador, el perseguidor a sangre y fuego de los opresores del pueblo, había echado a la calle a todo Dresde, lo mismo a la gente del centro que a la de los arrabales. Fue preciso cerrar con cerrojo la puerta de la casa para impedir que la gente la asaltara, y los chicos trepaban a las rejas de las ventanas para poder contemplar al incendiario, que se desayunaba tranquilamente.

Tan pronto como entró el príncipe en la casa, después que su escolta pudo abrirle camino, preguntó a Kohlhaas, que se hallaba sentado a la mesa en mangas de camisa, si efectivamente era él Michael Kohlhaas, el tratante, a lo cual éste respondió afirmativamente, extrayendo de su cinturón varios papeles que confirmaban su identidad, y añadiendo que, de acuerdo con el salvoconducto otorgado por el elector, se encontraba en Dresde a fin de presentar ante el tribunal su demanda contra el caballero Wenzel von Tronka.

El príncipe miró al extraño personaje de pies a cabeza, pasó la vista por los papeles que le había entregado, preguntándole qué significación tenía el recibo del tribunal de Lützen acerca de bienes depositados en él, y le dirigió varias preguntas referentes a su vida y familia, así como sobre los planes que abrigaba para el futuro. Hecho todo lo cual y tranquilizado acerca de la persona del tratante, le dijo que nada se oponía a la presentación de su demanda ante el tribunal, debiendo sólo ponerse en contacto para ello con el gran canciller del tribunal, conde de Wrede.

—Entretanto —dijo el príncipe tras una pausa, mientras miraba a través de la ventana la enorme multitud congregada ante la casa—, tendrás que aceptar en los primeros días una guardia personal que te proteja tanto en tu casa como fuera de ella.

Kohlhaas bajó la mirada y guardó silencio.

—¡Como tú quieras! —agregó el príncipe—. Pero de las consecuencias tú mismo tendrás la responsabilidad.

Kohlhaas, que había reflexionado, dijo, sin embargo:

—Noble señor, haced lo que tengáis por más conveniente. Dadme vuestra palabra de que la guardia se retirará tan pronto como yo así lo desee, y no tengo nada que oponer contra esta medida.

El príncipe respondió que no merecía la pena perder palabras en ello. Indicó a tres lansquenets que el hombre en cuya casa se quedaban era libre y que si debían seguirle cuando saliera de ella, era tan sólo con el fin de protegerle. Saludó con un gesto altanero al tratante y salió de la casa.

Acompañado por los tres lansquenets y seguido por una innumerable multitud, que advertida por la policía no trató de hacerle nada, se dirigió Kohlhaas al mediodía a visitar al gran canciller del tribunal, conde de Wrede. Éste le recibió benévolamente en su antedespacho, conversó con él durante dos horas enteras y después de hacerse contar todo lo sucedido desde el principio hasta el fin, le envió a un célebre abogado de la ciudad, empleado en el tribunal, a fin de que le ayudara en la redacción de su demanda contra Wenzel von Tronka.

Sin perder un instante, se trasladó Kohlhaas a casa del jurisperito, redactando con él su demanda en el mismo sentido que la que ya había sido rechazada, es decir, pidiendo el castigo del caballero de acuerdo con las leyes, que los caballos fueran restablecidos en el estado que tenían cuando fueron dejados por primera vez en el castillo y que se le resarciera a él y a la madre de su criado Herse de los daños sufridos injustamente, hecho lo cual se trasladó seguido por la multitud a su casa, decidido a no salir de ella si no lo demandaban asuntos muy perentorios.

Entretanto, también el de Tronka había sido sacado de su reclusión en Wittenberg y, curado que fue de una peligrosa erisipela que se le había manifestado en el pie, recibió una citación conminándole a presentarse sin excusa ni pretexto ante el tribunal de Dresde para responder a la demanda formulada contra él por el tratante Kohlhaas sobre retención ilegal y malos tratos de dos caballos. Los dos hermanos Kunz e Hinz von Tronka, a cuya casa fue a alojarse en Dresde, le recibieron con ira y desprecio, diciéndole que era un miserable y un hombre sin dignidad, que había atraído vergüenza e ignominia sobre toda la familia, anunciándole que iba a perder sin remedio el pleito entablado contra él y que podía, por tanto, irse disponiendo a encontrar los célebres caballos, a cuyo restablecimiento iba a ser condenado para befa del mundo entero.

Wenzel von Tronka respondió con voz débil y temblorosa que era el hombre más desdichado de toda la tierra, jurando a sus parientes que apenas si había tenido conocimiento de todo el asunto que le había llevado de tal manera a una situación tan desgraciada; que el alcaide del castillo y el administrador eran los culpables de todo, pues ellos habían sido los que, sin saber él nada de ello, habían utilizado los caballos para la recolección, agotándolos en las labores del campo, incluso en las tierras propiedad particular de aquéllos. Se sentó mientras pronunciaba estas palabras y pidió a sus primos que no le arrojaran de nuevo a la terrible situación de que acababa de escapar.

A instancias de Wenzel von Tronka, Hinz y Kunz, que poseían también algunas propiedades en las proximidades del castillo de aquél, escribieron al día siguiente a

sus administradores y colonos pidiéndoles noticias acerca de los caballos de Kohlhaas, desaparecidos desde el día del incendio del castillo y de los que desde entonces nadie había sabido nada. Dado el asolamiento total del lugar y la matanza de casi todos sus habitantes, lo único que pudo averiguarse fue que el día del siniestro Kohlhaas obligó a un criado del de Tronka a salvar a los caballos de una tejavana, cuando ésta ya ardía; que este criado había intentado preguntar al tratante qué es lo que debía hacer con los caballos, pero que éste sólo le había dado un puntapié por toda contestación.

Respondiendo a una carta del caballero Wenzel, su vieja ama de llaves, que había huido a Meissen, le respondió que al día siguiente de aquella terrible noche el criado se había dirigido con los animales a la frontera de Brandenburgo. No obstante, todas las indagaciones realizadas en esta dirección resultaron infructuosas, llegándose a la conclusión de que tenía que haber un error en el informe de la anciana, pues el de Tronka no había tenido criados naturales de Brandenburgo, ni siquiera de algún lugar que se hallara en ruta hacia esa región.

Gentes de Dresde que habían estado en Wilsdruf pocos días después del incendio del castillo de Tronka, manifestaron, por su parte, que en aquel tiempo había llegado al lugar un criado llevando dos caballos del roncal, los cuales tan esqueléticos eran y tan agotados estaban, que no podían seguir el camino y aquél hubo de dejarlos en el establo de un pastor. Todo parecía indicar que estos caballos eran, en efecto, los buscados, pero al decir de personas procedentes de Wilsdruf, el pastor los había vendido de nuevo, no se sabía a quién.

Un tercer rumor, cuya fuente no pudo averiguarse, llegaba a asegurar que los dos caballos habían muerto y habían sido enterrados en el mismo Wilsdruf.

Como se comprenderá, esta noticia era la más conforme a los intereses de los caballeros Kunz e Hinz von Tronka, pues dado que su primo carecía a la sazón de cuadras propias, se veían obligados a alimentar a los dos caballos en las suyas; la muerte de los animales solucionaba, empero, la cuestión y nadie se maravillará de que ambos personajes desearan con todas sus fuerzas una confirmación de tan fausta nueva.

Wenzel von Tronka, en su condición de señor de aquella comarca, dirigió, por tanto, un escrito al juez de Wilsdruf en el cual, después de describirle los caballos que —según él decía— le habían sido confiados y habían desaparecido después, le exhortaba a averiguar el paradero de los mismos y a instar a su actual poseedor a que los trasladara a las cuadras del gentilhombre Kunz von Tronka, en Dresde, donde se le indemnizaría generosamente de todos los gastos que hubiera podido tener.

De acuerdo con esta disposición, pocos días después compareció efectivamente en la plaza del mercado de Dresde la persona a quien había vendido los caballos el pastor de Wilsdruf, llevando atados a su carro, esqueléticos y temblorosos, a los dos animales causa de tantos disturbios. La mala suerte de Wenzel von Tronka, y más aún del honrado Kohlhaas, quiso que la persona en cuestión fuera el desollador de Döbbeln.

Tan pronto como Wenzel von Tronka, que se hallaba en compañía de su primo Kunz, tuvo noticia de que había llegado a la ciudad un hombre con dos caballos

negros salvados del incendio de su castillo, hizo que ambos, acompañados de algunos servidores, se trasladaran a la plaza del mercado a fin de comprar los dos animales, caso que fueran los buscados, y llevarlos a las caballerizas de su casa.

Pero cuál no sería la sorpresa de ambos caballeros al ver que en torno del carro al que se hallaban atados los dos caballos se aglomeraba ya una multitud inmensa, que aumentaba de momento en momento. Riéndose a mandíbula batiente, los congregados se señalaban unos a otros los caballos, diciendo que estos animales, en manos ya del desollador, habían sido la causa de que el Estado vacilara en sus cimientos.

Wenzel von Tronka, que había dado la vuelta en torno al carro y examinado a aquellos dos caballos que parecían quererse morir a cada instante, dijo con azoramiento que aquellos animales no eran los que él había tomado a Kohlhaas. Kunz, sin embargo, el gentilhombre, le dirigió una mirada que, de haber sido de hierro, le hubiera fulminado, y abriéndose la capa, de suerte que quedaron al descubierto sus órdenes e insignias, se acercó al desollador, preguntándole si eran aquéllos los caballos de que se había apropiado el pastor de Wilsdruf y que habían sido requeridos como de su pertenencia por el caballero Wenzel von Tronka.

El desollador, ocupado a la sazón con un cubo de agua en la mano en dar de beber al corpulento caballo que tiraba de su carro, dijo simplemente:

— ¿Los negros?

Para añadir, al cabo de un momento, que los dos caballos negros atados al carro se los había vendido el porquero de Hainichen. Dónde los había adquirido éste y si procedían o no del pastor de Wilsdruf era cosa que él no podía decir.

Y sujetando de nuevo el cubo de agua con la rodilla y apoyándolo en la lanza del carro, prosiguió diciendo que lo único que sabía era que el alguacil de Wilsdruf le había dicho que trajera a los caballos a Dresde y que los entregase en casa de los señores de Tronka, pero que el caballero con quien se le había dicho que se entendiera se llamaba Kunz.

Terminadas de decir estas palabras, se volvió de nuevo y arrojó a las losas del pavimento el resto de agua que había dejado en el cubo el caballo enganchado al carro.

Kunz von Tronka, que rodeado por todas partes por las miradas de una multitud burlona no podía lograr que el desollador lo mirara frente a frente, dijo, por fin, que él era el gentilhombre Kunz von Tronka y que los caballos en cuestión pertenecían a su primo, el caballero Wenzel, y habían sido sacados del castillo durante el incendio por un criado y pasado a manos de un pastor de Wilsdruf, y que los susodichos caballos habían pertenecido originariamente al tratante Michael Kohlhaas. Finalmente, preguntó al desollador, que con las piernas abiertas se esforzaba en subirse los pantalones, si no sabía nada de ello y si el porquero de Hainichen no había adquirido los animales del pastor de Wilsdruf o de una tercera persona que se los hubiera comprado a éste.

El desollador se apoyó un momento en su carro y se contentó con decir que él había traído los caballos a Dresde y que se le había dicho que los entregara en casa de

los Tronka, donde se le daría dinero por ellos; que ni sabía ni entendía nada de lo que le estaba diciendo, y que, puesto que los caballos no habían sido robados, no le importaba lo más mínimo si antes del porquero de Hainichen los había poseído Pedro, Pablo o el pastor de Wilsdruf. Y así diciendo y cruzándose el látigo por los hombros, se dirigió a una taberna de la plaza con intención de calmar el apetito con un buen desayuno.

Kunz von Tronka, que no sabía qué iba a hacer con unos jamelgos vendidos por el porquero de Hainichen al desollador de Dobbeln, caso de que no fueran precisamente aquéllos a cuyos lomos había cabalgado el demonio por tierras de Sajonia, instó a su primo Wenzel a que expresara su opinión. Pero éste lo único que supo decir, con sus labios lívidos y trémulos, fue que lo mejor que podía hacerse era comprar los caballos, pertenecieran o no a Kohlhaas.

Mascullando maldiciones al oír esta respuesta, Kunz von Tronka volvió a cruzarse la capa, sin saber en absoluto qué hacer ni qué no hacer. La masa del pueblo allí aglomerada hacía esfuerzos inauditos para contener la risa, y parecía esperar tan sólo que los dos caballeros se alejaran para prorrumpir en estruendosas carcajadas.

Precisamente por ello, terco y orgulloso como era, no quiso el gentilhomme abandonar la plaza y dirigiéndose al barón de Wenk, un amigo, que pasaba en aquellos momentos por la calle, le pidió que se dirigiera en su nombre al gran canciller, conde de Wrede, a fin de que viniera allí Michael Kohlhaas y pudiera identificar a los caballos.

Dio la casualidad de que cuando el barón de Wenk entró en el despacho del gran canciller, se hallaba también allí Kohlhaas, que poco antes había sido llamado por un alguacil, a fin de aclarar determinados extremos referentes a los bienes depositados en el tribunal de Lützen.

A la entrada del barón se levantó de su asiento con enojo el gran canciller y haciendo apartar un momento al tratante con los papeles que tenía en la mano, escuchó el mensaje que le traía su nuevo visitante.

Éste le expuso la difícil situación en que se encontraba Kunz von Tronka; que indudablemente por culpa del juez de Wilsdruf, el desollador de Döbbeln había aparecido con unos caballos en estado tan desesperado, que el caballero Wenzel no acaba de decidirse a reconocerlos como aquéllos que habían pertenecido a Kohlhaas; y, finalmente, que en vista de todo ello, estimaba que era necesario un examen ocular por parte de Kohlhaas, a fin de determinar sin lugar a dudas la identidad de los caballos.

—Tened, por tanto, la bondad —terminó diciendo— de hacer que una guardia saque de su casa a Kohlhaas y que lo conduzca a la plaza del mercado, donde a la sazón se encuentran los caballos.

Quitándose sus quevedos de la nariz, el gran canciller replicó, sin embargo, que al hablar así se hallaba en un doble error: de un lado, por creer que la circunstancia en cuestión sólo podía aclararse por un examen ocular del tratante, y de otro por imaginarse que él, el gran canciller, tenía poder para conducir a Kohlhaas por medio de la guardia allí donde al caballero de Tronka le pluguiese. Y con estas palabras

presentó a Kohlhaas al barón, suplicando a éste que se dirigiese a él en el asunto en cuestión.

Kohlhaas, cuyo rostro no traicionaba con un solo gesto lo que pasaba en su ánimo, dijo tan sólo que estaba dispuesto a dirigirse a la plaza del mercado, a fin de examinar allí los caballos que había traído el desollador a la ciudad.

Y mientras que el barón se volvía hacia él un tanto indeciso se acercó a la mesa, entregó al gran canciller varios papeles referentes al asunto de la deposición en Lützen y se despidió seguidamente.

El barón, que con el rostro encendido se había acercado a la ventana, se despidió asimismo, y ambos, seguidos por los tres lansquenets destacados por el príncipe de Meissen, se dirigieron atravesando una compacta multitud a la plaza donde estaban los caballos.

Mientras tanto, Kunz von Tronka había permanecido en la plaza desoyendo los consejos de varios amigos que se habían unido a él, de suerte que en cuanto apareció el barón con el tratante, se dirigió a éste con ademán altivo y la espada bajo el brazo en signo de dignidad, preguntándole si eran los suyos los caballos que se encontraban atados detrás del carro.

Inclinándose con respeto y quitándose el sombrero ante el que así le preguntaba, Kohlhaas, que no conocía a Kunz von Tronka, se dirigió sin responderle al carro del desollador, seguido por todos los caballeros allí congregados. Contempló un solo momento a doce pasos de distancia los dos animales, que, sin poderse sostener sobre las patas y con la cabeza caída, no habían tocado todavía el heno que se les había colocado delante.

—Noble señor —dijo—, el desollador tiene absolutamente razón. Los caballos atados al carro son los míos.

Y paseando la mirada por el grupo de los señores situados detrás de él, se quitó de nuevo el sombrero y se alejó de la plaza acompañado por su escolta.

Al oír las palabras de Kohlhaas, el gentilhombre von Tronka, avanzando tan violentamente que le tembló el penacho de su casco, arrojó una bolsa con dinero al desollador, y mientras éste se entretenía en echarse el cabello hacia atrás con un peine de estaño, en tanto contemplaba el dinero, dio orden el caballero a uno de sus criados para que desatase los caballos y los llevase a sus caballerizas.

El criado, que se hallaba hablando a la sazón con un grupo de amigos y parientes de la ciudad, se separó de ellos al oír la orden y saltando sobre un montón de estiércol que se había formado al pie de los animales, se acercó a éstos con intención de soltarlos y conducirlos a casa. Apenas, empero, había tocado con sus manos el ronزال de los caballos para desatarlos, cuando su primó, el maestro Himboldt, le cogió por el brazo y le arrojó lejos del carro, diciéndole:

—¡Tú no tocas los caballos!

Y retrocediendo de nuevo y dirigiéndose a Kunz von Tronka, que contemplaba atónito la escena, le dijo que si quería trasladar los caballos a casa, debía primero buscarse para ello, no un criado de su casa, sino un ayudante de desollador.

El gentilhomme, que había oído espumeando de ira las palabras del maestro, pidió por encima de las cabezas de los caballeros que le acompañaban que viniese la guardia del palacio. A los pocos minutos aparecía ésta a las órdenes de un oficial, y el gentilhomme, después de relatar brevemente la arrogancia de que se habían hecho culpables los habitantes de la ciudad, ordenó que se detuviera al maestro Himboldt como instigador de todo. Cogiendo por la chupa al maestro y zarandeándolo, lo acusó de haber separado del carro y de haber maltratado a su criado cuando éste, obedeciendo sus órdenes, se disponía a desatar los caballos. El maestro hizo un breve movimiento que le liberó de las manos del de Tronka, y replicó:

—Noble señor: indicar a un mozo de veinte años cuál es su deber, no puede llamarse excitarle ni soliviantarle. Preguntadle a él mismo si, contra toda tradición y decoro, quiere poner mano efectivamente en los caballos atados al carro. Si quiere hacerlo después de lo que he dicho, puede hacerlo libremente. Por lo que a mí afecta, puede desollarlos y hasta comérselos, si quiere.

A estas palabras el de Tronka se volvió al criado, preguntándole si tenía algún inconveniente en desatar a los caballos y llevarlos a la casa. Y como éste respondiera tímidamente mezclándose entre la multitud, que antes de conferirle tal comisión era preciso que se pusiese a los caballos en estado decoroso, montó en cólera el gentilhomme, se lanzó sobre su criado, arrancándole por detrás la montera en que llevaba bordadas las armas de los Tronka, y, después de pisotearla con los pies, le arrojó de la plaza a cintarazo limpio, gritándole que quedaba expulsado del servicio de su casa.

El maestro Himboldt, sin poderse contener, exclamó:

—¡Acabad con el miserable asesino!

Y mientras que la masa allí congregada, a quien había enfurecido la actitud del de Tronka, se lanzaba contra la guardia de palacio, haciéndola retroceder, el maestro cayó por detrás sobre el gentilhomme, lo derribó al suelo, le arrancó la capa, la gorguera y el casco, y arrancándole la espada de la mano, la lanzó con un grito de júbilo por encima de la multitud.

En vano clamaba Wenzel von Tronka pidiendo a los caballeros allí reunidos que acudiesen en auxilio de su primo; antes de que pudieran hacer un gesto habían sido desperdigados por la multitud, de suerte que Kunz von Tronka, que al caer se había herido en la cabeza, quedó así entregado al furor de la masa. Y si éste pudo salvarse lo debió sólo a que en aquellos momentos pasó casualmente por la plaza un destacamento montado de lansquenetes, los cuales, llamados en su auxilio por la guardia de palacio, consiguieron disolver a la multitud. El oficial detuvo e hizo conducir a la prisión de la ciudad por dos soldados al furioso maestro, mientras que dos amigos levantaban del suelo, cubierto de sangre, a Kunz von Tronka, transportándolo a su casa.

Tal fue el lamentable resultado que tuvo el intento honrado y sincero de procurar satisfacción a Michael Kohlhaas por la injusticia que contra él se había cometido.

Tan pronto como empezaron a desaparecer los curiosos, el desollador de Döbbeln, que había terminado sus asuntos en la ciudad y no quería permanecer allí más

tiempo, procedió a atar a los dos caballos al palo de un farol, lugar y posición en que quedaron durante todo el día para risa y esparcimiento de los golfillos y desocupados de la ciudad. De tal suerte, que al verlos así abandonados, la policía procedió a hacer se cargo de ellos, llamando al atardecer al desollador y encargándole que los llevara al desolladero, en las afueras de la ciudad, reteniéndolos allí hasta nueva orden.

Estos sucesos, si bien en ellos ninguna culpa había tenido Kohlhaas, provocaron en el país, incluso entre las personas más sensatas y moderadas, un estado de ánimo altamente peligroso para el éxito del pleito del tratante. La gente comenzó a encontrar totalmente intolerable la actitud de éste frente al Estado, y lo mismo en las casas particulares que en la plaza pública empezó a cristalizar la idea de que era mejor quizás cometer una injusticia patente con él y desestimar de nuevo sus demandas contra el de Tronka, que hacerle justicia sólo para satisfacción de su desatentada terquedad, tratándose como se trataba de cosa de tan poca importancia y habiendo él puesto en acción tales violencias y desafueros para conseguirla.

Para mayor desgracia del pobre Kohlhaas, la misma integridad del gran canciller y su odio contra la familia de los de Tronka contribuyeron a afirmar y difundir este estado de ánimo. En la situación en que ahora se hallaban, era altamente inverosímil que los caballos actualmente en manos del desollador de Dresde pudieran nunca ser restablecidos y vueltos al estado en que se hallaban cuando el tratante los dejó en el castillo; y aun supuesto que los cuidados y él arte pudieran conseguir tal milagro, era tan grande la ignominia que, por la situación actual, caería así sobre la familia de los Tronka, una de las primeras y más nobles del país, que nada parecía más equitativo ni más oportuno que abonar en dinero a Kohlhaas el valor de los caballos. Y, efectivamente, pocos días después recibió el gran canciller una carta del presidente, conde de Kallneim, en la cual éste le hacía la mencionada propuesta en nombre del gentilhomme Kunz von Tronka.

El gran canciller escribió en seguida, es cierto, una carta a Kohlhaas advirtiéndole que, si se le hacía una proposición así, no se le ocurriera rechazarla, pero a la vez respondió en tono seco al presidente rogándole que no le importunara con comisiones de las partes en el asunto debatido y sugiriendo que lo que el de Tronka debía hacer era dirigirse personalmente al tratante, persona, añadía, muy equitativa y modesta.

Michael Kohlhaas, cuya voluntad se hallaba quebrantada por los sucesos de la plaza del mercado, esperaba la propuesta de indemnización por parte del gentilhomme o alguno de sus parientes, dispuesto, de acuerdo con el consejo del gran canciller, a aceptarla en el mismo momento y a olvidar todo lo que había sucedido. Sin embargo, los de Tronka, orgullosos como eran, tenían por humillante dirigirse ellos al tratante, y profundamente irritados por la respuesta del gran canciller, la mostraron al elector, que al día siguiente fue a visitar a Kunz von Tronka, postrado como se hallaba aún en su lecho. Con una voz que su estado hacía débil y conmovida, el gentilhomme preguntó al elector si después de haber arriesgado su vida para llegar a un arreglo en el asunto tal como el soberano lo había deseado, tenía también que comprometer su honor pidiendo merced a un hombre que había traído ya vergüenza e ignominia sobre él y toda su familia.

El elector, leído que hubo la carta, preguntó al conde de Kallheim si el tribunal no tenía poder para, sin tener en cuenta la opinión de Kohlhaas y considerando que los caballos no podían ser ya restablecidos, disponer que se satisficiera la demanda del tratante con una indemnización en metálico, como si los caballos hubiesen muerto. El conde, por su parte, contestó:

— Señor, los caballos han muerto, han muerto en sentido jurídico, porque no tienen ya valor alguno, y habrán muerto físicamente antes de que se les pueda trasladar del desolladero a las caballerizas del señor de Tronka.

Acto seguido, el elector se guardó la carta en el bolsillo, manifestando que hablaría del asunto con el gran canciller, tranquilizó al gentilhomme, que besó, agradecido, su mano, le recomendó que atendiera a su salud, y levantándose del asiento abandonó la habitación entre las reverencias de todos los presentes.

Así estaban las cosas en Dresde, cuando comenzó a proyectarse sobre el pobre tratante una nueva tormenta proveniente de Lützen, cuyos rayos acertaron a concentrar en la cabeza de Kohlhaas las argucias de los jueces. Uno de los hombres que Michael Kohlhaas había tenido a su servicio de armas y al que había despedido como a los demás al llegar la amnistía del elector, Johann Nagelschmidt de nombre, había tenido por conveniente reunir pocas semanas después en las fronteras de Bohemia a una parte de los aventureros que habían formado a las órdenes de Kohlhaas, dispuesto a seguir por cuenta propia el negocio que tan provechosamente había comenzado éste.

Con el fin de infundir respeto a la gentuza a sus órdenes y a fin también de atraerse nuevos partidarios, este bandolero dio en llamarse lugarteniente de Michael Kohlhaas. Con una habilidad aprendida de su antiguo capitán, difundió por doquiera la noticia de que la amnistía no había sido respetada para algunos de sus antiguos compañeros de armas que habían regresado tranquilamente a sus casas, y que el mismo Kohlhaas, con flagrante incumplimiento de las promesas hechas, había sido detenido y puesto en custodia al llegar a Dresde. Siguiendo por este camino difundió, asimismo, una serie de manifiestos concebidos en un todo según el estilo de Kohlhaas, en los cuales presentaba a su tropa de bandoleros como un cuerpo armado cuyo único objeto era velar por el fiel cumplimiento de la amnistía concedida por el elector y obrar a mayor gloria de Dios. Todo ello, como queda dicho, no por motivos religiosos, ni mucho menos por cuidar de la suerte de Kohlhaas, cuyo destino les era totalmente indiferente, sino tan sólo para tener un pretexto con el que asolar y robar tanto más cómodamente y con menos peligro.

Los de Tronka apenas si pudieron disimular su alegría tan pronto como llegaron a Dresde tales noticias, en virtud de las cuales parecía adquirir todo el asunto un cariz completamente diverso. Con miradas de inteligencia y disgusto recordaron el error que se había cometido al despreciar sus consejos y conceder amnistía a Michael Kohlhaas, tal y como si se quisiera animar a toda suerte de malvados y salteadores de caminos a seguir la misma ruta, y no contentos con tener por artículo de fe las manifestaciones de Nagelschmidt de que cuanto hacía era tan sólo para ayudar a su antiguo capitán, llegaron a expresar su convicción de que todo ello no era otra cosa sino una empresa organizada y sostenida por el tratante, a fin de presionar al

gobierno y conseguir así una sentencia que concordara punto por punto con las exigencias que su terquedad esta dispuesta a conseguir íntegramente.

Hinz von Tronka fue tan lejos como para contar a algunos caballeros sentados a su mesa en la antesala del elector, que toda la supuesta disolución de las huestes de Kohlhaas en Lützen no había sido más que una miserable comedia, mofándose del pretendido amor a la justicia del gran canciller e intentando probar, con una serie de circunstancias ingeniosamente combinadas, que las fuerzas armadas del tratante existían todavía y estaban escondidas en los bosques de la comarca, esperando una sola señal de éste para comenzar otra vez con el incendio y la muerte por todo el país.

Irritado y preocupado por este giro de las cosas, que amenazaba sensiblemente el prestigio de su señor, el príncipe Christiern von Meissen se dirigió sin perder tiempo a ver al elector, y adivinando el interés de los de Tronka en que Kohlhaas se viera complicado en más y más hechos dudosos, pidió al soberano que le permitiera someter a interrogatorio al tratante.

Éste, no sin extrañeza, al verse llevar por un alguacil al gobierno de la ciudad, compareció llevando en brazos a sus dos hijos menores, Heinrich y Leopold; Sternbald, su criado, había llegado, en efecto, unos días antes con sus cinco hijos procedentes de Mecklenburgo y, ante las lágrimas de los dos menores, el tratante se decidió a llevarlos consigo al interrogatorio.

Después de contemplar cariñosamente a los dos niños, que Kohlhaas hizo sentar junto a sí, preguntándoles cuáles eran su nombre y edad, el príncipe le explicó lo que su antiguo hombre de armas, Nagelschmidt, estaba cometiendo en la región montañosa del país, le enseñó algunos de los manifiestos que éste había difundido y le requirió, por último, a que dijera lo que tuviera que alegar en su descargo. Aun cuando la vista de estos papeles, tan cargados de traición y mentira, produjo verdadero estupor al tratante, ningún trabajo le costó convencer a un hombre tan honorable como el príncipe de que carecían de todo fundamento las acusaciones que sobre esta base pudieran dirigírsele. No sólo porque, dijo, dada la marcha de su pleito, ninguna ayuda precisaba por parte de terceros, sino además porque, como probó con diversos documentos, la cosa era totalmente inverosímil, puesto que por causa de una serie de violencias y robos cometidos por Johann Nagelschmidt en la tierra baja de la comarca, él mismo le había condenado a muerte y estaba dispuesto a ahorcarle cuando llegó la amnistía del elector; de tal suerte que si, efectivamente, pudo salvarse, ello fue tan sólo porque en cumplimiento de la dicha amnistía, había licenciado todas sus huestes antes de que la sentencia se hubiese cumplido. Nagelschmidt se había salvado, pero los dos se habían separado la última vez que se vieron como enemigos mortales.

Accediendo al ruego del príncipe, Kohlhaas se sentó a continuación y redactó de su puño y letra un mensaje dirigido a Nagelschmidt, en el que le decía que su alegación de haberse levantado en armas por incumplimiento de la amnistía prometida a él, Michael Kohlhaas, y a sus hombres, era una descarada mentira y un invento infame. A la vez añadía que desde su llegada a Dresde ni había sido detenido ni puesto en custodia, y que su pleito seguía su curso en la forma por él deseada. Por

los crímenes y desafueros cometidos por él después de publicada la amnistía — terminaba diciendo —, caería sobre él todo el peso de la ley, y así se lo decía para advertencia de los que le seguían.

Para que el pueblo se diese cuenta de quién era el que así se arrogaba la defensa de Kohlhaas, se añadían al manifiesto algunos fragmentos de la causa sumaria instruida en el castillo de Lützen por Kohlhaas contra Nagelschmidt, probando que aquél le había condenado ya a morir en la horca, donde sin duda hubiera perecido de no haber llegado oportunamente la amnistía del elector.

A continuación, el príncipe tranquilizó a Kohlhaas acerca de la sospecha que había habido necesidad de formular contra él en el curso del interrogatorio, le aseguró que mientras él estuviese en Dresde no se quebrantaría la amnistía que le había sido otorgada, obsequió con algunas frutas a los niños, saludó a Kohlhaas y le dijo que podía marcharse.

El gran canciller, que también veía las nubes que se cernían sobre la cabeza del tratante, hizo todo cuanto estaba en su poder para acelerar la resolución del pleito, antes de que se presentasen nuevas complicaciones o hechos imprevistos. Esto es, empero, lo que ni deseaban ni perseguían los de Tronka, los cuales, al revés de lo que habían hecho al comienzo, es decir, en lugar de confesar tácitamente su culpa y limitarse a pedir una sentencia poco severa, trataban de probar ahora, por todos los medios, incluso los más casuísticos, que no tenían en absoluto responsabilidad por los hechos contra ellos aducidos.

Unas veces decían que los caballos habían sido retenidos en el castillo tan sólo por una acción del alcaide y del administrador, de lo cual Wenzel von Tronka ni siquiera había tenido conocimiento; otras veces alegaban que, al llegar al castillo, los caballos estaban ya enfermos con una tos dura y pertinaz, en prueba de lo cual aducían el testimonio de testigos buscados por ellos.

Después de rechazados todos estos argumentos, aparecieron presentando una resolución dictada por el elector hacía diez años, en la cual se disponía, efectivamente, que por razón de una epizootia en Brandenburgo, quedaba prohibida la introducción de caballos de aquí a Sajonia; este documento, decían, probaba a la saciedad no sólo el derecho, sino incluso el deber de Wenzel von Tronka de impedir que Kohlhaas entrara con sus caballos en tierras sajonas.

Kohlhaas, entretanto, que gracias a la honradez de su vecino había podido recuperar de éste su granja y sus propiedades mediante una pequeña indemnización, deseaba, a fin de dar forma jurídica definitiva al nuevo contrato, partir durante algunos días de Dresde y trasladarse a Kohlhaasenbrück. Una decisión, además, a la cual podía haber contribuido, no sólo el legítimo y justificado deseo de concluir el contrato aludido y de proceder a la siembra invernal en sus tierras, sino sobre todo la intención de examinar tranquilamente su situación una vez que las circunstancias habían cobrado un cariz tan nuevo; quizás le movieron incluso otras razones, cuya determinación hemos de dejar a aquéllos que se aprecian de poder leer en el pecho de los hombres.

Tomada esta decisión, dejó en su casa la guardia que se le había conferido y se trasladó a visitar al gran canciller, mostrándole la carta de su vecino y diciéndole que

dado, como parecía, que no se le precisaba por ahora ante el tribunal, quería abandonar la ciudad por diez o doce días, a fin de trasladarse a sus tierras en Brandenburgo.

Con la vista baja y una expresión de descontento y preocupación en el rostro, le dijo el gran canciller que, desgraciadamente, tenía que manifestarle que su presencia en la ciudad era ahora más necesaria que nunca, ya que, como consecuencia de la forma rabulística en que los de Tronka llevaban a cabo el pleito, su declaración podía ser necesaria al tribunal en mil casos imprevistos.

Kohlhaas, por su parte, aludió a su abogado en Dresde, bien enterado de todos los detalles del caso y al cual podría acudir si era necesario, insistiendo en su deseo de partir, aunque prometiendo reducir su ausencia, si así se estimaba conveniente, de diez a ocho días solamente.

El gran canciller se contentó con despedirle, diciéndole que si ése era su deseo, pidiese los pasaportes necesarios al príncipe de Meissen.

Kohlhaas, que no había dejado de observar la expresión del canciller, se sentó allí mismo y dirigió una instancia al príncipe de Meissen, en la cual, sin aducir motivo alguno, le pedía la concesión de pasaporte para ir y volver por ocho días a Kohlhaasenbrück.

Como contestación a esta instancia, recibió a los pocos días unas líneas firmadas por el barón Siegfried von Wenk, en las cuales se le comunicaba que su petición sería sometida al elector y que en cuanto éste resolviera le serían enviados los pasaportes.

Kohlhaas, a quien extrañó ver firmada esta comunicación por el barón Siegfried von Wenk, preguntó a su abogado a qué se debía ello y por qué no había suscrito la resolución el príncipe de Meissen, como de ordinario. La respuesta del abogado fue que el príncipe había partido hacía tres días a sus posesiones en el campo y que durante su ausencia había quedado encargado de los asuntos el capitán de la guardia de palacio, barón Siegfried von Wenk, un primo del caballero del mismo nombre de que ya hemos hecho mención anteriormente.

Kohlhaas, a quien comenzaba a invadir un terrible presentimiento ante todas estas novedades, esperó durante algunos días la decisión del elector, lo mismo también que la sentencia en su pleito, que el tribunal le había prometido pronunciar en aquellos días. No obstante, pasaron días y semanas sin que el tratante recibiera noticia alguna, y en vista de ello, deseoso de saber de una vez cuál era la actitud de las autoridades frente a él, se sentó a la mesa y redactó una nueva instancia en la que pedía en términos urgentes la extensión de los oportunos pasaportes.

Cuál no sería, empero, su sorpresa, cuando al anoecer del siguiente día, pasado también sin recibir respuesta alguna, se asomó a la ventana del pequeño edificio que se le había señalado como residencia y vio que en el patio no se hallaba como de ordinario la guardia que para su custodia le había señalado el príncipe de Meissen.

Thomas, el viejo servidor a quien inmediatamente llamó para que le explicara lo extraño del caso, le dijo con un suspiro:

—¡Ay, señor! No todo marcha como debiera. Los lansquenetes, que han venido hoy en mayor número que de ordinario, se han repartido por toda la casa. Dos se encuentran como de guardia a la puerta de la casa, armados de escudo y pica, dos en la puerta trasera del jardín y otros dos se han tendido en la antesala sobre un montón de paja, y dicen que van a pasar la noche allí.

Kohlhaas, que al oír estas noticias mudó de color, le dijo, sin embargo, al criado que todo ello era indiferente y que lo importante era que hubiesen venido los lansquenetes, añadiendo que pusiera luz en el corredor, a fin de que pudieran ver los que allí se habían instalado. Después de lo cual y con el pretexto de lavar una vasija, se asomó a la ventana que daba a la carretera, pudiendo convencerse de la verdad de lo dicho por su criado. Más aún: en aquel momento se relevaba con gran ruido de armas la guardia de los lansquenetes, cosa que hasta entonces nunca había sucedido. A continuación se tendió en el lecho, aunque pocas eran sus ganas de dormir, y a poco había concebido ya su resolución para el día siguiente.

Nada estaba menos dispuesto a aceptar del gobierno, en efecto, que su deseo de mantener las apariencias de la justicia, mientras que de hecho quebrantaba la amnistía que le había concedido. Y en el caso de que fuera verdaderamente un preso, como todo lo parecía indicar, estaba dispuesto a forzar al gobierno a que se lo manifestara directamente y sin ambages.

Apenas amaneció el día siguiente, Michael Kohlhaas, fiel a sus propósitos, mandó a Sternbald que enganchara el coche, a fin de partir, dijo, a visitar al administrador de Lockewitz, un antiguo amigo suyo a quien había encontrado hacía unos días en Dresde y del cual había recibido una invitación para visitarle con sus hijos.

Los lansquenetes repartidos por la casa, que echaron de ver todos estos preparativos, enviaron secretamente a uno de los suyos a la ciudad, como respuesta a lo cual apareció a los pocos minutos un funcionario policial a la cabeza de varios esbirros, penetrando en la casa de enfrente, como si tuviera allí que practicar alguna diligencia.

Kohlhaas, que ocupado en vestir a sus hijos había observado también todos estos movimientos, haciendo detener intencionadamente su coche ante la casa más tiempo del necesario, salió de ella con sus hijos, tan pronto como vio que la policía había tomado sus precauciones, y se dirigió a su coche con ademán despreocupado. De pasada, dijo a los lansquenetes allí reunidos que aquel día no le eran necesarios, subió al coche a sus hijos, besó y consoló a su hija que, de acuerdo con sus instrucciones, iba a quedarse jugando con la hija de su criado Thomas, sin participar de la excursión, y se dispuso a conti nuación a subir él mismo al carruaje y emprender el viaje.

Apenas, empero, había puesto el pie en el coche, cuando salió de la casa frontera el funcionario con sus esbirros y acercándose a él le preguntó cuáles eran sus intenciones y adonde iba. Y como Kohlhaas respondiera que tenía la idea de partir para Lockewitz a visitar a un amigo que le había invitado a pasar un día de campo con sus hijos, le advirtió el funcionario que en este caso debería esperar unos momentos a fin de que pudieran acompañarles unos lansquenetes de a caballo, tal y como lo tenía ordenado el príncipe de Meissen.

Kohlhaas preguntó riendo desde dentro del coche si creía que no iba a estar seguro en casa de un buen amigo que le había invitado por un día a su mesa.

El funcionario replicó, a su vez, en tono festivo y amable, que, efectivamente, el peligro no era grande, pero que tampoco los lansquenetes le causarían molestia alguna.

Ante esta insistencia, Kohlhaas adoptó una actitud severa y dijo secamente que, a su llegada a Dresde, el príncipe de Meissen le había dejado en libertad completa de utilizar o no los servicios de una escolta, y como el funcionario se mostrara extrañado de ello, llamándole la atención con palabras muy calculadas acerca del uso ininterrumpido de la escolta durante todo el tiempo de su permanencia en la ciudad, Kohlhaas le relató, a su vez, el incidente que había motivado que se le pusiera guardia en su misma casa.

El funcionario le contestó que las órdenes del barón de Wenk, que desempeñaba a la sazón las funciones de jefe de la policía, eran las de que se protegiera ininterrumpidamente su persona, y que él era responsable por el cumplimiento de estas órdenes. Quizás lo mejor fuera, añadió, que se dirigiera al gobierno, a fin de poner en claro el error que, indudablemente, debía haber en todo ello.

Arrojando una mirada significativa al funcionario, Kohlhaas, que estaba dispuesto a saber a qué atenerse pasara lo que pasara, dijo que, efectivamente, así iba a hacerlo. Bajó con el corazón oprimido del coche, entregó sus hijos a Thomas y dejando el carruaje ante la puerta se dirigió al edificio del gobierno con el funcionario y su guardia.

Dio la casualidad de que el capitán de la guardia del palacio, barón Siegfried von Wenk, procedía justamente al interrogatorio de algunos hombres de la banda de Nageíschmidt, a los cuales se había capturado la noche anterior y de quienes tanto él como los caballeros que le acompañaban esperaban obtener noticias importantes, cuando aparecieron Michael Kohlhaas y sus acompañantes.

Tan pronto como el barón le vio, se dirigió violentamente a él, mientras los demás caballeros interrumpían el interrogatorio, preguntándole qué quería. Con un gesto respetuoso, le expuso el tratante su propósito de ir a comer con su amigo el administrador de Lockewitz, así como de su deseo de hacerlo sin tener que llevar consigo una guardia de lansquenetes.

El barón de Wenk, que mientras Kohlhaas hablaba había cambiado repentinamente de color y al que parecían agolpársele las palabras en la boca, se contentó con decirle que lo mejor que podía hacer era quedarse tranquilo en su casa y no pensar en comilonas con su amigo de Lockewitz.

Y dejando con la palabra en la boca a Kohlhaas, se dirigió al funcionario que con él había venido y le dijo que se atuviera a las órdenes que le había dado y que el tratante no podía salir de la ciudad sin una escolta de seis lansquenetes de a caballo.

Visto esto, le preguntó Kohlhaas si con ello quería significar que estaba preso y si había de creer que se quebrantaba la amnistía que se le había prometido a los ojos del mundo.

No había terminado de formular su pregunta, cuando se volvió a él el barón, rojo de ira, y fijando sus ojos en los del tratante exclamó violentamente: «¡Sí, sí, y mil veces sí!», con lo cual le volvió las espaldas y se dirigió de nuevo hacia los hombres de Nagelschmidt para proseguir su interrogatorio.

En vista de ello, abandonó la sala Kohlhaas, el cual, aun cuando veía que su gestión había hecho muy difícil el único medio de salvación que le quedaba, es decir, la fuga, no por eso dejaba de aprobar en su fuero interno el paso dado, pues las palabras pronunciadas por el barón de Wenk le habían liberado a él también de las obligaciones que la amnistía le imponía.

Llegado que fue a casa, hizo que desengancharan los caballos y se trasladó, triste y abatido, a su cuarto, acompañado por el funcionario del barón. Y mientras éste le aseguraba, en una forma que provocaba náuseas al tratante, que todo ello tenía que ser un equívoco que pronto se aclararía, hizo una seña a los esbirros y éstos comenzaron a cerrar todas las salidas de la casa que conducían al patio. No obstante, le explicó el funcionario, la salida principal de la casa le quedaba a su disposición, como de ordinario.

Entretanto, rodeado por todas partes por esbirros y lansquenets, la situación en que se hallaba Nagelschmidt se iba haciendo de día en día más desesperada y carente de los medios necesarios para hacer frente a las fuerzas que contra él presionaban, se decidió a entrar de nuevo en contacto con Kohlhaas. Viajeros a quienes él había detenido en la carretera, le habían informado con bastante exactitud del estado en que se encontraba el pleito del tratante, de suerte que, pese a la abierta enemistad que entre ellos subsistía, creyó el salteador que había probabilidades de que Kohlhaas aceptase un nuevo trato con él. Y tomada esta resolución envió a uno de sus hombres a Dresde para que entregara secretamente a Kohlhaas una carta, en la cual, en un alemán apenas legible, decía a su antiguo jefe que debía venir a Altenburgo y tomar a su cargo el mando de los hombres que había reunido, procedentes casi todos ellos de sus antiguas huestes; que si lo hacía así él, Nagelschmidt, se comprometía a procurarle la fuga de Dresde, suministrándole caballos, gente y dinero y prometiéndole, finalmente, que en el futuro sería su más fiel y obediente subordinado, en prueba de lo cual se ofrecía a ser él mismo el que viniese a Dresde a conseguirle la libertad.

Quiso, empero, la desgracia que el encargado de entregar este mensaje a Kohlhaas cayera víctima de un ataque de los que solían torturarlo desde su juventud, acometiéndole esta vez en una aldea próxima a Dresde, con tan mala fortuna, que la gente que acudió a prestarle ayuda descubrió la carta que llevaba oculta en el pecho, y el mensajero quedó inmediatamente detenido, siendo conducido al edificio del gobierno acompañado por una enorme muchedumbre.

Tan pronto como el barón de Wenk leyó la carta, se trasladó sin perder momento al lado del elector, a quien hacían compañía a la sazón los hermanos Kunz e Hinz von Tronka, el primero ya restablecido de sus heridas, y el presidente de la cancillería del Estado, conde de Kallheim. Todos los congregados coincidieron en la opinión de que había que proceder inmediatamente a la detención de Michael Kohlhaas, llevándole a los tribunales como responsable de haber entrado en

relaciones secretas con Nagelschmidt. El argumento en que todos coincidían era que una carta semejante no hubiera podido ser escrita sin que el tratante hubiera escrito antes otras y sin que hubiese existido entre ambos un acuerdo delictuoso para la comisión de nuevos crímenes y horrores.

El elector, empero, se negó tenazmente a quebrantar sobre la base de esta sola prueba la promesa de inmunidad que había otorgado con la amnistía a Kohlhaas, añadiendo que su opinión era, más bien, que de la carta se desprendía claramente que ninguna relación había existido anteriormente entre Kohlhaas y Nagelschmidt. Sólo después de muchas vacilaciones consintió en que se pusiera en práctica el proyecto del conde de Kallheim, el cual consistía en enviar a Kohlhaas al mensajero con la carta, simulando que nadie había descubierto a aquél, y esperar la reacción del tratante.

De acuerdo con ello, se condujo al día siguiente al mensajero ante la presencia del barón de Wenk, el cual le prometió el perdón completo de sus delitos y la libertad, si llevaba la carta a Kohlhaas, como si nada hubiera pasado. Ardid criminal al que aquel malvado se prestó sin reparos, a fin de librar su cabeza.

Un funcionario del barón compró para él en el mercado unas docenas de cangrejos, y al día siguiente se presentaba con ellas en el aposento de Kohlhaas con el pretexto de vendérselas.

Kohlhaas, que pasó sus ojos por la carta mientras los niños jugaban con los cangrejos, sintió un deseo irresistible de coger por el cuello al miserable aquél y entregárselo a los lansquenetes que se hallaban detrás de la puerta. Su estado de ánimo le permitió, sin embargo, analizar fríamente incluso aquella proposición, y como estaba convencido de que nada en el mundo iba a poder salvarle del atolladero en que se hallaba metido, miró tristemente los conocidos rasgos del mensajero, le preguntó donde vivía y le despidió diciéndole que volviera dentro de algunas horas para recoger la respuesta que había de entregar a su jefe.

Llamó a Sternbald, encargándole que le comprara una buena cantidad de cangrejos al hombre que se hallaba en el cuarto, y una vez terminada la compra y alejados los dos hombres, sin reconocerse el uno al otro, se sentó a la mesa y escribió una carta con el siguiente contenido: que aceptaba la proposición de ponerse a la cabeza de los hombres reunidos en Altenburgo; que, por tanto, y con el fin de librarle de la detención en que actualmente se encontraba, debería enviarle un coche con dos caballos a Neustadt, en las proximidades de Dresde; que a fin de avanzar más rápidamente, debería tenerle también preparado un tiro de dos caballos en la carretera de Wittenberg, ciudad por la que pensaba pasar antes de reunirse con él, por razones que serían muy largas de explicar; que esperaba poder sobornar a los lansquenetes encargados de su custodia, pero que, a todo evento, debería enviar también a Neustadt un par de hombres valientes, decididos y bien armados; que para hacer frente a los gastos de todos esos planes, le enviaba veinte coronas de oro con su mensajero, sobre cuyo empleo harían cuentas tan pronto como se encontrasen; que por estimarla innecesaria, le prohibía que viniese a Dresde a ayudar a su liberación, antes bien, le mandaba que no se separara de su gente en Aletnburgo, la cual no podía quedar sin mando y entregada a sí misma.

Cuando por la noche apareció de nuevo el mensajero, Kohlhaas le entregó la carta, le recompensó abundantemente y le recomendó con toda insistencia que anduviese con grandes precauciones. La intención de Kohlhaas era partir con sus cinco hijos a Hamburgo y desde allí embarcarse para Levante, para las Indias Orientales o hacia cualquier otro sitio donde el sol luciera sobre otras gentes de las que él había conocido; su ánimo abatido y triste había renunciado ya, en efecto, a que le fueran devueltos los caballos en el estado anterior, aparte de la repugnancia a unirse con Nagelschmidt para el logro de ello.

Apenas llegó a manos del barón de Wenk la carta de Kohlhaas, quedaba destituido el gran canciller y nombrado en su lugar el conde de Kallheim, como presidente del tribunal, mientras que una orden de gabinete del elector mandaba detener, cargar con cadenas y llevar a la torre de la ciudad a Michael Kohlhaas.

Basándose en su carta, que se fijó en todas las esquinas de la ciudad, se formó proceso sumario al tratante, y como éste delante del tribunal respondiera afirmativamente a la pregunta de si era su letra la del documento, y negativamente a la de si tenía algo que alegar en su defensa, fue pronunciada sentencia, condenándole a ser despedazado con garfios ardientes, descuartizado y quemados sus restos.

Tal era la terrible situación del pobre Kohlhaas en Dresde, cuando el elector de Brandenburgo se decidió a liberarle de las manos de la violencia y de la arbitrariedad, dirigiendo una nota al elector de Sajonia, en la que reclamaba la entrega del tratante como súbdito suyo que era. El honrado corregidor Heinrich von Geusau había tenido ocasión, en efecto, de relatar a su señor durante un paseo a orillas del Spree la triste historia de este hombre extraño y no malvado, y, apremiado por las preguntas del soberano, no había podido menos de aludir a la culpa que cabía en todo lo ocurrido a su canciller conde Siegfried von Kallheim, e inmediatamente, por ello, a su propia persona.

Resultado de esta conversación fue que el elector, irritado hasta el extremo, tuvo una violenta entrevista con su canciller, llegando a la conclusión de que el parentesco de éste con la casa de los Tronka era la causa de todo. Como consecuencia, relevó de su cargo al conde de Kallheim, expresándole claramente su desagrado y nombrando para sucederle a Heinrich von Geusau.

Daba la casualidad que, a la sazón, el reino de Polonia tenía serias diferencias, no sabemos por qué exactamente, con la casa de Sajonia, razón por la cual se había dirigido y se dirigía continuamente al elector de Brandenburgo, a fin de que hiciera causa común con él contra la casa de Sajonia. El nuevo canciller, Heinrich von Guesau, que era todo menos torpe en cuestiones políticas, comprendió que esta situación podía hacer que se satisficiera el deseo de su señor de hacer justicia por encima de todo a Kohlhaas, sin, por eso, poner en peligro la política del país en favor de un particular. De acuerdo con todo ello, el canciller dirigió una nota al elector de Sajonia pidiendo, no sólo la entrega inmediata de Michael Kohlhaas, prometiendo someter ante un tribunal de Berlín las quejas que contra él tuviera el gobierno de Sajonia, sino solicitando incluso pasaporte para un abogado que había de ir a Dresde en nombre del elector de Brandenburgo, a fin de demandar justicia y reparación para las ofensas e injurias que le habían sido inferidas en territorio sajón a Michael

Kohlhaas por el caballero Wenzel von Tronka. El gentilhomme Kunz von Tronka, que durante el último cambio de cargos en Dresde había sido nombrado presidente de la Cancillería del Estado, y que, por toda una serie de razones no quería herir a la corte de Berlín, respondió, en nombre de su señor, totalmente aplanado por la recepción de la nota, que el gobierno de Sajonia se extrañaba grandemente de la desatención y brusquedad con que se negaba a la corte de Sajonia el derecho a juzgar a Michael Kohlhaas según las leyes del país y por los delitos cometidos en el mismo, teniendo en cuenta sobre todo que era universalmente conocido que éste poseía una propiedad de importancia en la misma capital sajona y no había negado nunca su condición de subdito sajón.

No obstante, como Polonia concentró en aquellos días en las fronteras de Sajonia un ejército de cinco mil hombres, con el cual pretendía satisfacer las exigencias presentadas a la corte de Dresde, y como el canciller Heinrich von Geusau manifestó, asimismo, que Kohlhaasenbrück, lugar del que tenía su nombre Michael Kohlhaas, radicaba en territorio de Brandenburgo, de suerte que se tendría como una violación del derecho internacional el cumplimiento de la sentencia capital dictada contra el tratante, el mismo gentilhomme Kunz von Tronka se vio obligado a aconsejar a su señor que cediera en el asunto.

El elector de Sajonia llamó, en vista de ello, al príncipe Christiern von Meissen, que residía desde hacía algún tiempo en sus propiedades fuera de la ciudad, y tras una breve entrevista con éste se decidió a entregar a Kohlhaas a la corte de Berlín.

El príncipe, que aunque poco contento con todas las irregularidades que hasta entonces se habían cometido en el asunto tuvo que encargarse por comisión directa de su soberano de todo lo referente a Michael Kohlhaas, preguntó al elector cuáles eran los cargos por los cuales pensaba acusar al tratante ante los tribunales de Berlín, y como la carta escrita a Nagelschmidt no era fundamento bastante para una acusación, dadas las circunstancias extrañas y poco claras en que había sido escrita, y como los incendios y desafueros cometidos por el tratante en tierras sajonas no podían ser alegados tampoco por razón de la amnistía concedida, se decidió al elector a presentar al emperador en Viena un informe sobre la incursión armada de Kohlhaas en Sajonia, quejándose de la forma en que había sido violada por él la paz jurídica de sus territorios y pidiéndole que puesto que él no se hallaba vinculado al tratante por medio de un delegado del Imperio ante el tribunal de la corte de Berlín.

Ocho días más tarde apareció en Dresde, enviado por el elector de Brandenburgo, el caballero Friedrich von Malzahn acompañado por seis jinetes, los cuales transportaron a un carruaje a Michael Kohlhaas y a sus cinco hijos, poniéndose todos en camino hacia Berlín.

La casualidad quiso que el elector de Sajonia se hallara a la sazón en Dahme, adonde había sido invitado para una cacería de ciervos por el conde Aloysius von Kallheim, que poseía entonces grandes propiedades en las fronteras de Sajonia. En compañía del elector se hallaban el gentilhomme Kunz von Tronka y su esposa Heloise, hija del conde de Kallheim y hermana del presidente, así como un gran número de caballeros y damas, monteros y cortesanos. La sociedad allí reunida estaba sentada a lá mesa mientras sonaba la música y servían viandas y licores pajes

y jóvenes nobles, cuando apareció por la carretera el carruaje que conducía a Michael Kohlhaas de Dresde a Berlín.

La enfermedad de uno de sus hijos había obligado, en efecto, al caballero von Malzahn a detenerse tres días en Herzberg; una circunstancia que, por sentirse responsable sólo ante el elector de Brandenburgo, no había creído necesario comunicar a la corte de Dresde.

El elector de Sajonia, con el jubón abierto y el sombrero ornado de ramaje a estilo de los cazadores, hablaba animadamente con Heloise, su primer amor en tiempos juveniles, cuando apareció por la carretera el carruaje y su escolta.

Animado por el vino y la alegría que le rodeaba, se puso en pie y dijo a su dama:

—Vayamos al encuentro de ese desgraciado y, sea quien sea, obsequiémosle con un vaso de vino.

Obedeciendo a estas palabras, se levantó Heloise de su asiento y tomando de manos de un paje una vasija de plata la llenó de frutas, pastas y pan y se dirigió a la carretera, mientras sus ojos fijaban una mirada ardiente en el elector. En este momento, empero, le salió al encuentro el conde Aloysius von Kallheim, diciéndole con cierta turbación que quizás fuera mejor que no se acercase al carruaje que venía por la carretera.

El elector, que había contemplado la escena, preguntó en este momento qué era lo que pasaba, y el conde hubo de decirle, mientras su rostro se volvía a Kunz von Tronka, que en el carruaje se encontraba a su entender Michael Kohlhaas; a cuya inverosímil noticia, pues todos creían que el tratante había sido transportado de Sajonia hacía seis días, el gentilhombre von Tronka vertió el vino de su vaso en el suelo, mientras que el elector depositaba el suyo en una bandeja de plata que, obedeciendo a una señal del de Tronka, le había colocado ante sí un paje. Mientras tanto seguía su camino el caballero de Malzahn, saludando cortésmente a la sociedad congregada a ambos lados de la carretera.

El elector y sus cortesanos, repuestos de la primera sorpresa, se sentaron de nuevo a la mesa y el incidente pareció olvidado. No obstante, el conde de Kallheim envió en seguida en secreto un propio a Dahme, instando a las autoridades de la villa a que procuraran que el tratante prosiguiera inmediatamente el viaje sin detenerse. Sin embargo, y como el de Malzahn manifestara que dado lo avanzado de la hora estaba decidido a pernoctar en el lugar, no quedó más remedio al alcalde que hacer que Kohlhaas y todos sus acompañantes se acomodaran en una granja próxima a la villa y propiedad de su primera autoridad.

Mientras tanto, y como el conde Kallheim viera que el elector y todos los invitados habían olvidado con el vino y los succulentos postres todo lo desagradable del encuentro en la carretera, se le ocurrió hacia el anochecer ponerse de nuevo sobre la pista de un grupo de ciervos que se habían dejado ver por el día. La sociedad entera acogió con júbilo la propuesta y, provistos unos y otros de escopetas y municiones, se dirigieron por parejas hacia el bosque próximo.

El elector se dirigió también en pos de las piezas llevando consigo a Heloise, que no quería perderse el espectáculo. Cuál no sería, empero, el asombro de los dos

cuando el montero que los guiaba les hizo atravesar el patio de una granja en la que, de creer a sus palabras, se hallaban alojados por aquella noche Michael Kohlhaas y su escolta brandenburguesa.

No hizo más que oírlo así la dama, y exclamar con alegría, dirigiéndose a su caballero:

— ¡Venid, señor, venid! —y ocultó con coquetería en su jubón la cadena, signo de su dignidad, que llevaba el elector al cuello—. Penetremos en la granja antes de que venga el resto de nuestros compañeros y contemplemos de cerca a ese hombre extraño que dicen que pasa la noche aquí.

Apresando su mano y enrojeciendo, el elector opuso un último reparo:

— ¡Pero por Dios, Heloise, qué cosas se os ocurren!

En el mismo momento, empero, salieron de la casa unos monteros que acababan de satisfacer su curiosidad, los cuales aseguraron que, gracias a ciertas medidas del conde de Kallheim, ni el tratante ni su escolta tenían idea de cuál era la sociedad que se hallaba a la sazón en las proximidades de Dahme. A su vez, la dama le instó de nuevo, diciéndole que nadie le reconocería con el traje de caza que llevaba.

Todo ello acabó de decidir al elector, el cual, calándose su sombrero de cazador, sonrió un momento y exclamó:

— ¡Locura, santa locura! Tú riges el mundo y tu sede son unos labios de mujer.

Kohlhaas se hallaba sentado sobre un montón de paja, apoyado en la pared y dando una papilla a su niño enfermo, cuando entraron en la granja los nobles señores que pretendían visitarlo. Y como la dama le preguntara, con el fin de iniciar la conversación, quién era, qué le pasaba al niño y qué delito había cometido para que se le condujera con tales precauciones, Kohlhaas levantó un momento y despojándose de su montera de cuero respondió a todas las preguntas en forma satisfactoria, aunque no excesivamente explícita.

El elector, que se encontraba detrás de los monteros y que vio que el tratante llevaba colgada del cuello por una cinta de seda una cápsula de metal de poco tamaño, le preguntó, a su vez, con el fin de entablar de algún modo conversación, qué significaba la cápsula y qué tenía dentro.

— ¡Ah, noble señor! —dijo Kohlhaas sacándose por encima de la cabeza la cinta de la que la cápsula pendía—. Esta cápsula tiene algo de prodigioso. Lo que voy a contaros ocurrió aproximadamente hace siete lunas, exactamente al día siguiente del entierro de mi difunta esposa. Yo había salido con mi gente de Kohlhaasenbrück, como quizá sepáis, a fin de verme con el caballero Wenzel von Tronka, que había cometido conmigo duras injusticias, cuando el elector de Sajonia y el de Brandenburgo celebraron un encuentro, no sé por qué motivo, en Jüterborg, una pequeña aldea de la Marca que se hallaba también en mi camino. Hacia la noche, después de haber conversado los dos soberanos, se dirigieron en amistosa conversación por las calles del lugar con la intención de echar un vistazo a la verbena que con júbilo y alborozo se estaba celebrando en aquellos momentos. Así iban caminando, cuando se encontraron con una gitana que, sentada en un escabel, decía

la buenaventura a la gente que la rodeaba; los soberanos le preguntaron medio en broma si no tenía algo agradable que decirles también a ellos. Yo, que acababa de instalarme con mis hombres en una posada y que me encontraba en la plaza en que todo ello tuvo lugar, no pude, sin embargo, oír lo que la gitana respondía, porque estaba detrás de la gente allí apiñada, mirando desde el atrio de una iglesia lo que pasaba. Lo único que pude ver fue que la gente se reía, diciéndose los unos a los otros que la gitana no era mujer que comunicaba su ciencia a cualquiera. En ese momento y como el número de curiosos fuera cada vez mayor, me subí a un banco labrado en el mismo muro de la iglesia, menos por afán de seguir detenidamente lo que la gitana hacía y decía, que por dejar sitio a la gente que estaba a mi alrededor. Apenas, empero, me había subido al banco, desde el cual podía observar perfectamente a los dos nobles señores y a la gitana que, sentada en su escabel, parecía escribir algo en un papel, cuando ésta clava sus ojos en mí, que en mi vida había cruzado la palabra con ella se abre paso entre la gente y acercándoseme, dice: «— ¡Toma! Si el señor quiere saberlo, que te lo pregunte a ti». Y así diciendo, noble señor, me entregó con su mano descarnada este trozo de papel. Y como yo, un tanto azorado al ver las miradas de todo el mundo dirigidas hacia mí, le preguntara: «— ¿Pero qué es lo que me dais aquí, buena mujer?», la gitana pronunció una serie de palabras ininteligibles, entre las cuales oí con gran sorpresa mi propio nombre, y terminó diciendo: «— Un amuleto es lo que te doy, Michael Kohlhaas; consérvalo cuidadosamente, que un día te salvará la vida». Y, para decir la verdad, en Dresde he podido salvar la vida, aun estando como he estado al borde de la ruina. Ahora voy a Berlín y el futuro me dirá lo que allí me aguarda.

Al oír estas palabras, el elector se sentó en un banco; su dama le preguntó si se sentía enfermo, pero antes de que nadie pudiera acudir en su auxilio, caía ya desmayado al suelo.

El caballero de Malzahn, que entró precisamente en aquel instante en el aposento, preguntó extrañado y con cierto sobresalto:

— ¡Santo Dios! ¿Qué le pasa al señor?

— ¡Agua! ¡Agua pronto! — fue la única respuesta de Heloise.

Los monteros levantaron al elector y le trasladaron al lecho de una habitación próxima.

Poco después llegaba Kunz von Tronka, al que había ido a llamar un paje, y la confusión alcanzó su mayor grado cuando éste, que se había esforzado en vano en volver a la vida a su señor, dijo con faz preocupada que todo parecía indicar que había sido víctima de una apoplejía.

Mientras Hinz von Tronka enviaba a toda prisa un mensajero para que trajera consigo al médico de Luckau, el conde de Kallheim hizo que se transportara al enfermo con todo género de precauciones a un palacete de caza que poseía en las inmediaciones. El viaje, empero, le provocó dos nuevos desmayos, tan pronto como llegó al palacete del conde, de suerte que sólo a la mañana siguiente, poco después de llegar el médico de Luckau, pudo reanimarse algo, aunque siempre con la amenaza de que se le declarara una fiebre nerviosa.

Tan pronto como volvió en sí, lo primero que hizo fue incorporarse en su lecho y preguntar ansiosamente dónde estaba Michael Kohlhaas.

Kunz von Tronka, que se hallaba a su lado y que no comprendió en su verdadero sentido la significación de la pregunta, puso su mano sobre la del elector, asegurándole que no tenía por qué preocuparse de aquel hombre aborrecible, pues después del desagradable incidente en la granja, había quedado sometido a la custodia de la escolta de los de Brandenburgo.

A continuación, y después de asegurarle su condolencia por lo ocurrido y de decirle que había hablado muy seriamente con su mujer por haberle inducido a hablar con Kohlhaas, le preguntó intrigado qué era lo que de tal manera le había impresionado y abatido en la conversación con el tratante.

El elector, por su parte, no respondió sino que la causa de todo ello había estado en un pequeño trozo de papel encerrado en una cápsula que llevaba Kohlhaas al cuello. A continuación, empero, añadió una serie de explicaciones que el gentilhombre no acabó de entender, y terminó diciéndole, mientras le estrechaba ansiosamente las manos, que era de importancia vital para él poseer aquel trozo de papel y que, por lo tanto, había que esforzarse en conseguirlo por el precio que fuese.

El gentilhombre, a quien costaba trabajo ocultar su turbación, le advirtió cuerdamente que si, efectivamente, ese papel tenía para él algún ocultárselo a Michael Kohlhaas, ya que si éste llegaba a saber o sospechar algo de ello, era seguro, dada la salvaje terquedad del tratante, que valor, nada en el mundo era tan necesario como todas las riquezas del país no bastarían para moverle a la entrega del papel. Había que pensar, siguió diciendo, en otro medio que el de la compra o adquisición directa del papel, y quizás lo mejor fuera procurar hacerse con él por intermedio de una tercera persona, que no despertara sospechas en el tratante, pues era muy probable que éste no tuviese gran interés por aquel trozo de papel.

Secándose el sudor de la frente, preguntó el elector si no sería conveniente enviar un comisionado a Dahme, a fin de evitar que Kohlhaas siguiera viaje hacia Brandenburgo hasta tanto que hubiese hecho entrega del papel por un medio o por otro.

El gentilhombre, que no podía creer lo que oía, dijo que, según todas las probabilidades, el tratante y su escolta habían ya salido hacía días de Dahme y era incluso casi seguro que se encontraban a la sazón en territorio de Brandenburgo, y que tratar de detenerle aquí o traerle de nuevo a Sajonia provocaría consecuencias gravísimas y difíciles de conjurar después.

Al oír estas palabras el elector, se dejó caer de nuevo en la almohada, dando señales de la más profunda desesperación. Viéndole así el gentilhombre, no pudo contenerse y le pidió que le dijese qué era lo que el trozo de papel contenía y por qué azar extraño había llegado a saber que el contenido le concernía a él. Pero el elector se limitó a dirigir una mirada de desconfianza a su íntimo sin pronunciar ni una palabra más. Con una mirada distraída contempló durante un rato el encaje de su pañuelo, hasta que, de repente, dijo al de Tronka que hiciera el favor de llamarle al montero von Stein, un joven fuerte y osado, que ya en otras ocasiones había servido a su señor en comisiones y negocios secretos.

Al entrar el montero en la habitación, le expuso el elector el caso, subrayado la importancia que para él tenía el papel en cuestión, y preguntándole si estaba dispuesto a conquistarse su agradecimiento eterno, procurándole el papel antes de que Michael Kohlhaas llegase a Berlín.

El montero replicó tan sólo que estaba siempre al servicio de su señor, y el elector entonces le dijo que debía ponerse en camino en seguida a fin de alcanzar al tratante en cuanto fuera posible, y que, como sería muy difícil convencerle de que entregara el papel a cambio de dinero, debía entrar en conversación con él, prometiéndole, si cedía el papel, no sólo la vida y la libertad, sino también dinero, caballos y gente con que poder huir de la escolta que lo transportaba a Brandenburgo.

El montero se hizo escribir unas líneas por el elector, que le acreditaban como su enviado personal, y partió inmediatamente a uña de caballo con unos cuantos hombres, teniendo la suerte de alcanzar a Kohlhaas y a su escolta en un pueblecito fronterizo, donde el tratante, sus hijos y el caballero von Malzahn comían al aire libre a la puerta de una casa.

El montero se presentó al de Malzahn como un simple viajero que había oído hablar de Michael Kohlhaas y que agradecería mucho que se le permitiese hablar unos momentos con tan extraño personaje. El caballero no tuvo ningún inconveniente en hacerlo así, e incluso se sintió obligado a sentar al montero a su misma mesa, colocándolo al lado de Kohlhaas. Como el de Malzahn tenía que levantarse constantemente de la mesa para disponer los preparativos del viaje y como los hombres de la escolta comían al otro lado de la casa, pronto se le presentó al enviado del elector la ocasión de hablar a solas con Kohlhaas. Extrayendo de su pecho las líneas escritas por el elector, explicó al tratante qué comisión había traído y lo que el soberano deseaba de él.

Kohlhaas, que conocía ya el nombre y jerarquía de la persona que se había desmayado en la granja de Dahme a la vista de la cápsula y del papel de la gitana, pensó un momento en el comportamiento innoble e indigno de que, pese a toda su buena disposición, se le había hecho objeto en Dresde, y replicó que estaba dispuesto a retener el papel en su poder. Y como el montero le preguntara qué motivos podían inducirle a tan extraño comportamiento, dado sobre todo que se le ofrecía a cambio nada menos que la libertad y la vida, pudo oír las siguientes palabras de boca de Michael Kohlhaas:

—Escuchad, noble señor: si vuestro soberano viniera y me dijese que estaba dispuesto a aniquilarse a sí mismo y a aniquilar a todos los que le ayudan a gobernar, cosa, he de confesaros, que es la que más ardientemente desea mi alma, ni aun así le entregaría este papel; más aún, le negaría este billete, que tiene para él más valor que su misma existencia, y le diría: «Tú puedes hacerme subir al cadalso, pero yo puedo hacerte daño, y quiero hacértelo».

Y así diciendo, llamó a un criado para que le traiese un buen trozo de carne que había quedado en la fuente, dando por terminada la conversación. Durante el resto de la comida no dirigió una sola vez la palabra al montero, como si éste no estuviera presente, y sólo en el último momento, cuando ponía ya el pie en el estribo del coche para continuar el viaje, le dirigió una breve mirada de despedida.

Al recibir esta noticia, se agravó de tal manera el estado del elector, que durante tres mortales días los médicos temieron constantemente por su vida. Su juventud y su robusta naturaleza triunfaron al fin de la enfermedad, y después de unas semanas de convalecencia logró restablecerse, si no totalmente sí al menos lo bastante para poder emprender el viaje de regreso a Dresde y ocuparse de nuevo de los negocios del Estado.

Tan pronto como llegó a su capital, lo primero que hizo fue llamar al príncipe Christiern von Meissen, preguntándole qué había de nuevo en el asunto del consejero Ebermayer, al que se había conferido el encargo de presentar en la cancillería del emperador en Viena una demanda contra Kohlhaas por quebrantamiento de la paz jurídica. El príncipe respondió que de acuerdo con las órdenes dejadas por él antes de partir para Dahme, tan pronto como llegó a Dresde el abogado Zäuner, encargado por el elector de Brandenburgo de presentar una demanda contra el caballero Wenzel von Tronka, se habían dado órdenes al consejero Ebermayer para que se pusiera en camino inmediatamente hacia Viena.

Mientras el color le subía al rostro, el elector manifestó su extrañeza por este apresuramiento, diciendo que, si mal no recordaba, él mismo había dicho que Ebermayer no debería partir hasta tanto que hubiese tenido lugar una entrevista entre él, el elector y el doctor Martín Lutero, por indicación del cual se había concedido la amnistía a Kohlhaas.

Después de una corta pausa, durante la cual miró a su señor con ojos asombrados, respondió el príncipe que sentía vivamente haber incurrido en el desagrado de su soberano, pero que, sin embargo, podía presentarle las actas del Consejo de Estado, en las cuales habían sido que Ebermayer partiera para Viena tan pronto como llegara a Dresde el abogado de Brandenburgo. Asimismo añadió que en el Consejo no se había hablado en absoluto de una entrevista con el doctor Lutero, y que, si bien ésta hubiese podido ser conveniente antes, a causa del interés manifestado por dicho doctor en el asunto de Kohlhaas, ahora sería perfectamente inútil, una vez que se había quebrantado ante el mundo entero la amnistía concedida, habiéndose entregado al tratante a las autoridades de Brandenburgo para su procesamiento y ejecución.

El elector replicó que, efectivamente, el envío de Ebermayer no había sido quizás una falta excesiva, pero que, sin embargo, deseaba que se enviase un mensajero con toda rapidez a Viena, a fin de que el consejero no presentase la demanda en la cancillería imperial hasta tanto que no se le ordenase así expresamente.

A estas palabras, sin embargo, hubo de decir el príncipe que la orden llegaba demasiado tarde, pues aquel mismo día acababa de llegar un informe de Viena, de acuerdo con el cual Ebermayer había procedido ya a presentar su demanda en la cancillería imperial. Y como el elector preguntara consternado cómo había sido posible todo ello en tan breve espacio de tiempo, le replicó el príncipe que habían pasado ya cuatro semanas desde la partida de Ebermayer, y que las instrucciones que éste llevaba eran las de proceder sin demora a la presentación de la demanda, tanto más cuanto que el abogado de Brandenburgo proseguía con el mayor tesón en el tribunal de Dresde contra el caballero Wenzel von Tronica.

Como si cambiase de opinión, el elector tiró de la campanilla diciendo que, en resumen, la cosa no tenía tanta importancia, le preguntó al príncipe si había alguna novedad en Dresde, y tras pocas palabras le despidió con un gesto de a mano.

So pretexto de que por su importancia política quería él mismo examinar el asunto, al día siguiente pidió, sin embargo, el elector por escrito al príncipe que le enviara todos los documentos referentes a Michael Kohlhaas. Y como le fuera insoportable la sola idea de aniquilar a aquella persona de la que únicamente podía saber el secreto del papel, se sentó a la mesa y escribió una carta al emperador, en la que le decía que por razones de mucho peso que algún día le expondría, tenía que suplicarle que retirase y diese por no presentada la demanda contra Kohlhaas que había hecho llegar a sus manos Ebermayer.

A esta carta respondió el emperador por una nota redactada en su cancillería, en la que se expresaba la mayor extrañeza por el cambio de opinión del elector, añadiendo que la demanda presentada por Sajonia contra Michael Kohlhaas había convertido el asunto en cosa de todo el Sacro Imperio Romano y que, en vista de ello, él, el emperador, se había visto obligado a presentar la demanda por su parte ante el elector de Brandenburgo; que el asesor de la corte, Franz Müller, había partido ya para Berlín como abogado de la corona imperial en su acción contra Michael Kohlhaas, por quebrantamiento de la paz jurídica, y que, en consecuencia, no veía manera de retirar la demanda, ni de impedir que el proceso siguiera el curso marcado por la ley.

La nota del emperador aniquiló totalmente al elector, y como, para colmo de desdichas, en aquellos días habían llegado justamente informes de Berlín, de acuerdo con los cuales era casi seguro que, pese a los esfuerzos de su abogado, Michael Kohlhaas iba a terminar en el cadalso, el elector se decidió a emprender una última y suprema tentativa y escribió de su puño y letra al elector de Brandenburgo pidiéndole la vida del tratante. En la carta le decía que por razón de la amnistía que se le había concedido, no podía consentirse que se ejecutase a Kohlhaas, asegurando que, pese a la severidad con la que él mismo había procedido con el tratante, nunca había sido su intención hacerle morir. Finalmente, añadía que sería para él insoportable ver cómo la supuesta protección que se había prometido a Kohlhaas desde Berlín, se convertía en realidad en una severidad mayor de la que le hubiera alcanzado de haber sido juzgado por las leyes de Sajonia.

El elector de Brandenburgo, que encontró esta carta equívoca y poco clara, respondió diciendo que, dada la actitud adoptada por el abogado del emperador, era imposible evitar que cayera sobre Kohlhaas todo el rigor de la ley. Al mismo tiempo le decía que sus escrúpulos eran excesivos, ya que la acción estaba entablada no por él, sino por el emperador, al que ninguna amnistía obligaba, y que, por lo tanto, tenía las manos libres en el asunto. Finalmente, no omitía tampoco subrayar que, dadas las violencias cometidas constantemente por Nagelschmidt, que había tenido la osadía de llegar hasta la frontera de Brandenburgo, era necesario estatuir un ejemplo. Si el elector de Sajonia —concluía la carta— deseaba salvar la vida de Kohlhaas, debía dirigirse para ello a su majestad el emperador, pues sólo si éste retiraba la acción entablada podía haber probabilidad de llegar a tal resultado.

El enojo y la ira ante tantas tentativas fracasadas, hicieron que el elector enfermara de nuevo. Una mañana le visitaba el gentilhomme Kunz von Tronka, cuando repentinamente el elector le enseñó las cartas y las notas enviadas por él a Viena y Berlín con objeto de salvar la vida a Kohlhaas, o al menos de ganar el tiempo preciso para poder recuperar el papel que llevaba al cuello. A la vista de estos papeles, el gentilhomme hincó sus rodillas en el suelo y, tomando una mano de su señor, le pidió por todo lo más santo y querido que conociera, que le comunicase el contenido del papel.

El elector le dijo que cerrara la puerta y corriera el cerrojo y, tomando una mano de su amigo y oprimiéndola contra su corazón, comenzó diciendo:

—Tu mujer te ha dicho ya, según creo, que el tercer día de nuestra entrevista en Jüterbog nos encontramos el elector de Brandenburgo y yo con una gitana. Durante la cena se había hablado en términos de exagerada admiración de las dotes de esta mujer, y el elector de Brandenburgo, siempre de natural animoso, se dispuso a terminar con su fama ante el pueblo. Con paso tranquilo se acercó a ella y le pidió que le vaticinase el futuro, pero que antes hiciese una profecía concreta que todos pudiésemos comprobar aquel mismo día, ya que en caso contrario no creería en ella, aun cuando fuese la misma sibila romana. Mirándonos de pies a cabeza, la mujer dijo que la profecía era que el ciervo mayor que cuidaba en el jardín el hijo del jardinero nos saldría al encuentro antes de que abandonásemos la plaza en que nos encontrábamos. Tienes que saber que este ciervo se hallaba guardado en una cerca de gran altura, sombreada por las encinas del parque, y que por razón de otros animales, aves y demás caza, estaba constantemente vigilado y cuidadosamente cerrado, de suerte que no era posible adivinar cómo iba a poder venir al lugar en que nosotros nos hallábamos. No obstante, el elector de Brandenburgo habló un momento conmigo y después, temiendo alguna granujada, mandó a un mensajero con el encargo de que inmediatamente se sacrificara el ciervo, disponiéndolo para la comida en uno de los próximos días. Haciendo nula así la profecía de la gitana, proyectaba poner también en ridículo todo cuanto después pudiera decir. Dada que fue la orden, se volvió a la mujer y le preguntó qué era lo que pensaba acerca de su futuro. «—¡Salud a ti, mi señor y elector! —dijo ésta—. Tu gracia gobernará largo tiempo, la casa de que procede se perpetuará largos años y tus descendientes serán grandes y soberanos, convirtiéndose en los príncipes más grandes del mundo.» Después de una corta pausa durante la cual el elector miró pensativamente a la gitana, se volvió a mí y me dijo a media voz que ahora sentía haber mandado que sacrificaran el ciervo, haciendo imposible la profecía. Y mientras los caballeros que le acompañaban dejaban caer una lluvia de monedas en el regazo de la mujer, a las que el mismo elector añadió una onza de oro, se dirigió de nuevo a la gitana preguntándole si era también tan halagüeño lo que tenía que decirme a mí. La mujer recogió las monedas y las fue ordenando sin prisa en una caja que tenía a su lado; acabada que fue la tarea, volví a preguntarle qué era lo que tenía que decirme a mí, y ella, poniéndose la mano ante los ojos como si hubiera de resguardarse del sol, tomó la mía y comenzó a examinarla, mientras yo decía en broma al elector de Brandenburgo que parecía que no tenía muchas cosas agradables que vaticinarme. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la gitana se levantó de su asiento y valiéndose de sus muletas se acercó a mí y me cuchicheó al oído: «—¡No, no es nada

agradable lo que he de vaticinarte!» «— ¡Está bien! —dije yo, mirando a la adivina, que parecía una estatua de mármol—. ¿No puedes decirme de dónde amenaza el peligro a mi casa?» La mujer tomó un papel y un trozo de carbón y cruzando las piernas comenzó a garrapatear alguna cosa. «— ¿Es que vas a escribirme mi destino?» —la pregunté—. «— ¡Sí! —dijo—. Tres cosas voy a escribirte: el nombre del último soberano de tu casa, el año en que perderá su trono y el nombre del que se apoderará de él por la fuerza de las armas.» Y así diciendo se levantó, dobló el papel, lo cerró y selló con una oblea. Como comprenderás, mi curiosidad estaba excitada al máximo y extendiendo la mano para coger el papel, pero ella me lo impide con un gesto y tomando sus muletas de nuevo me dice: «— ¡No, alteza! El papel tienes que recibirlo de aquel hombre que está allí atrás subido al banco de la iglesia y que tiene un sombrero con una pluma». Y antes de que pudiera darme cuenta exacta de lo que decía, me deja con la palabra en la boca, se echa a la espalda la caja con el dinero y cojeando se mezcla entre la multitud y desaparece. En el mismo momento, empero, aparece el mensajero que había enviado el elector al castillo y nos dice que, de acuerdo con sus órdenes, había sido muerto hacía un instante el ciervo, habiéndole llevado a la cocina ante sus ojos dos criados. Al oír esta noticia, el elector me tomó del brazo, diciéndome a modo de consuelo que, como podía ver, la profecía no se había cumplido y que todo había sido un engaño y una estafa que no valían ni el tiempo ni el dinero que nos habían costado. cuán grande no sería, empero, nuestro asombro cuando oímos de repente un gran griterío en nuestro torno y vemos aparecer en la plaza a un perro de gran tamaño, escapado sin duda del castillo y, que arrastraba consigo cogido con los dientes el cuerpo muerto del ciervo. Detrás de él venían criados y pinches de la cocina, donde sin duda lo había robado, los cuales lograron al fin que lo soltara, dejándolo en medio de la plaza. Es decir, que la profecía de la gitana se había cumplido y, si bien muerto, el ciervo había aparecido efectivamente en la plaza antes de que nosotros la hubiésemos abandonado. Un rayo que hubiera caído a mis pies no me hubiera hecho más impresión que este suceso, de suerte que en cuanto pude mandé a mi gente que buscasen sin demora al hombre con la pluma en el sombrero, a fin de pedirle el papel que le diera la gitana. Pero todo en vano; durante tres días registraron mis hombres la villa de arriba abajo sin hallar trazas de él. Y ahora, amigo Kunz, hace escasamente unas semanas, le he visto con mis propios ojos en la granja cerca de Dahme.

Y el elector dejó caer la mano de su amigo, que hasta entonces había mantenido entre las suyas, y se desplomó de nuevo en el lecho. El gentilhomme se percató de que sería trabajo perdido expresar su propia opinión sobre el asunto e intentar refutar o rectificar la del elector, y se contentó con decir que había que hallar un medio para hacerse con el papel, entregando después a su suerte al tratante. Pero el elector le dijo con voz desmayada que no veía ya medio alguno para conseguirlo, a pesar de que la sola idea de renunciar al papel o de que Kohlhaas muriese llevándose su secreto, bastaba para lanzarle a la desesperación y la locura. El gentilhomme le preguntó entonces si no había hecho, al menos, gestiones para dar con la gitana, pero el elector dijo que desde el día en Jüterbog su gente buscaba en vano a la mujer por todos los lugares de Sajonia y que, por razones que no quería exponer, él mismo dudaba que ni siquiera se encontrase en el país.

Daba, empero, la casualidad que el de Tronka tenía que partir para Berlín por razón de algunas propiedades que habían correspondido a su mujer por muerte del conde de Kallheim, el depuesto canciller de Brandenburgo, de suerte que el gentilhombre, que sentía un sincero afecto por su señor, le preguntó a éste si estaría conforme en que partiese inmediatamente para Berlín y tratase de hacerse con el papel. El elector no supo más que llevar a su corazón la mano del amigo, diciéndole:

— ¡Piensa que eres yo mismo, y procúrame el papel!

Y así fue que el gentilhombre adelantó su viaje en unos días y partió para Berlín sin su mujer y sólo acompañado por algunos servidores.

Mientras tanto, como ya queda dicho, había llegado Michael Kohlhaas a Berlín, donde fue conducido por orden del elector a la prisión destinada a los caballeros, instalándose allí con relativa comodidad acompañado de sus hijos. Pocos días después, inmediatamente de llegar el abogado de Viena, era conducido ante los tribunales, acusado de haber quebrantado la paz jurídica imperial. Inútil fue que alegase que el elector de Sajonia le había concedido amnistía total por todas las violencias cometidas en dicho país, de suerte que no podía acusársele ahora por ellas.

El tribunal, empero, le replicó que quien le acusaba ahora era su majestad imperial, que de ninguna manera se hallaba vinculada por la amnistía del elector de Sajonia. Como a la vez supo que en Dresde se llevaba adelante su pleito contra el de Tronka, Kohlhaas renunció a más defensa y se conformó con su suerte.

Y así fue que precisamente el día en que llegó a Berlín Kunz von Tronka, el tribunal dictó sentencia contra Kohlhaas, condenándole a morir por la espada. Un juicio, es verdad, en cuya ejecución nadie creía, tanto por lo complicado de todo el asunto, cuanto por el interés que había mostrado el elector por el reo, de suerte que todo el mundo pensaba que éste conmutaría a Kohlhaas la pena de muerte por otra de prisión.

El gentilhombre von Tronka, empero, que comprendió que no había tiempo que perder, si quería cumplir la comisión que su señor le había conferido, comenzó su trabajo, mostrándose al día siguiente Michael Kohlhaas, que desde la ventana de su celda miraba tranquilamente el ir y venir de los transeúntes.

Un movimiento repentino del tratante le indicó que le había visto entre la gente, y cuál no sería su satisfacción al ver que Kohlhaas se echaba mano instintivamente al pecho como para coger la cápsula que contenía el papel.

Kunz von Tronka interpretó éste último gesto como una señal de la buena disposición de Michael Kohlhaas, e inmediatamente se dispuso a poner en obra su plan. Al día siguiente hizo venir a su hospedaje una mendiga vieja y harapienta que arrastraba unas muletas y cuyo aspecto debía coincidir poco más o menos, por lo que el elector le había dicho, con el de la gitana de Jüterbog, y explicándole con todo detalle el caso, dándole una buena recompensa y prometiéndole otra, la convenció de que jugara cerca de Kohlhaas el papel de la auténtica gitana.

El gentilhombre confiaba en que Kohlhaas no se acordaría con demasiada precisión del aspecto de la gitana, y esperaba que la mendiga que él le enviaba lograra, haciéndose pasar por ésta, que el tratante le entregara el papel, so pretexto

de que dada su situación y la sentencia que sobre él pesaba no estaba ya seguro en su pecho.

La madre de Herse, el criado muerto en Mühlberg, había conseguido autorización del gobierno para visitar de vez en cuando a Kohlhaas, y como la mendiga conocía a la anciana, no le fue difícil penetrar uno de los días siguientes hasta la celda de Kohlhaas.

Cuando la mujer entró en la celda, Kohlhaas creyó inmediatamente tener ante sí a la gitana de Jüterbog, tanto por su aspecto general como por un anillo de sello que llevaba en la mano y por el collar de coral que pendía de su cuello.

No siempre lo más verosímil es lo más verdadero, y ahora tenemos que relatar algo tan extraño que hemos de dejar que cada uno lo crea o no lo crea, según su buen parecer. El gentilhombre von Tronka había cometido un tremendo error al dirigirse a la mendiga para sustituir a la gitana, pues, cosa que él no podía imaginarse, la mendiga era en realidad la misma gitana de Jüterbog. No hizo, en efecto, más que entrar la mujer en la celda apoyada en sus muletas, cuando, después de acariciar a los niños, se dirigió a Kohlhaas contándole que, desde hacía ya algún tiempo, se había pasado de Sajonia a Brandenburgo, y que uno de los últimos días había oído que el gentilhombre von Tronka preguntaba por la gitana de Jüterbog, sabiendo lo cual se acercó ella misma a él dándole un nombre supuesto y prestándose en seguida a la comisión que tuvo a bien confiarle.

El tratante miraba con atención concentrada a la extraña mujer, pues poco a poco iba notando en sus rasgos, en su figura y en toda una serie de detalles, una sorprendente semejanza entre ella y su difunta esposa Lisbeth, hasta tal extremo que hubiera querido preguntarle si no era quizás su propia abuela. Hundido en sus pensamientos, Kohlhaas hizo que la gitana tomara asiento y le preguntó qué era lo que podía querer de él el de Tronka.

Mientras el perro de Kohlhaas olisqueaba a la mujer y ella le pasaba la mano por la cabeza, respondió ésta diciendo que los tres encargos que le había conferido el gentilhombre eran: primero, averiguar cuál era la respuesta que el papel contenía a las tres importantes preguntas relativas a la casa reinante en Sajonia; segundo, prevenirle que en Berlín había alguien que trataba de apoderarse del papel, y tercero, procurar obtener el mismo con el pretexto de que, en su situación, no estaba seguro en sus manos. Esto era lo que el gentilhombre había querido que ella dijese. Lo que ella, empero, le decía era que no tuviese temor alguno de que pudiesen despojarle del papel por la violencia o por la astucia, y que mientras gozase de la protección del elector de Brandenburgo no tenía por qué preocuparse, estando la cápsula más segura en sus manos que en las de ella. A la vez, empero, le dijo también que ella tenía por más prudente utilizar el papel para el fin precisamente para el que ella se lo había dado en Jüterbog, aceptando la proposición que el montero von Stein le había hecho en la frontera de Brandenburgo, y entregando el papel al elector de Sajonia a cambio de su vida y libertad.

Kohlhaas, al que el júbilo le embargaba al ver el poder que tenía contra sus enemigos, justamente en el momento en que éstos le creían aniquilado, respondió vivamente:

— ¡Ni por todo el oro del mundo, buena mujer!

Y oprimiendo la mano sarmentosa de la vieja gitana, quiso saber tan sólo qué respuestas había escritas en el papel a las tremendas preguntas.

La mujer, empero, que había colocado en el regazo al menor de los hijos de Kohlhaas, replicó lentamente:

— No por todo el oro del mundo, Kohlhaas, pero sí por este pequeño, rubio y hermoso como un querubín.

Y comenzó a acariciar y a besar a la criatura, que la miraba con ojos grandes y preguntones.

Kohlhaas, un tanto turbado, sólo dijo que los mismos niños, cuando fuesen mayores, le alabarían por su proceder, y que tanto en consideración a ellos como en consideración a sus ulteriores descendientes, nada mejor podía hacer que conservar el papel.

Además, dijo que, después de las experiencias que había tenido ocasión de hacer en los últimos tiempos, nadie podía asegurarle que no se trataba también ahora de una trampa, y que no iba a entregar el papel tan en vano como había sacrificado inútilmente sus huestes armadas.

— Con el que ha faltado una vez a su palabra — añadió —, no vuelvo a hablar más. Sólo si tú me lo dices en forma clara e inequívoca, me separaré yo de este papel, que de manera tan caprichosa viene ahora a procurarme satisfacción por todo lo que he sufrido.

La gitana, empero, puso de nuevo al niño en el suelo y se contentó con decir que evidentemente tenía razón en muchas de las cosas que decía, y que hiciera lo que tuviera por más conveniente y justo. Y así diciendo, tomó sus muletas y se dispuso a partir.

Kohlhaas, empero, repitió su pregunta y le pidió que le comunicara el contenido del papel, añadiendo que deseaba saber de ella, además, toda una serie de cosas que le intrigaban: quién era, dónde había adquirido la ciencia que en ella alentaba, por qué no había querido dar al elector el papel escrito para él y por qué le había escogido a él como depositario entre los cientos de personas congregadas en la plaza de Jüterbog... Pero antes de que la anciana pudiese responder, se oyeron en el exterior pasos de la guardia, y la gitana, temiendo que pudieran sorprenderla en el aposento, dijo tan sólo:

— ¡Adiós, Kohlhaas, adiós! Si llegamos a encontrarnos una vez más, te aseguro que no dejarás de saber todo lo que te interesa.

Y con estas palabras fue besando a todos los niños uno tras otro y se dirigió a la puerta diciendo:

— ¡Adiós, adiós! ¡Que os vaya muy bien a todos!

Mientras tanto, el elector de Sajonia, entregado ya sin freno a sus tristes ideas, se había decidido a llamar a dos astrólogos, llamados Oldenholm y Olearius, pidiéndoles que le comunicaran el contenido del papel en que tan importantes cosas se contenían para él y para toda su dinastía.

Días enteros permanecieron encerrados los dos personajes en la torre del palacio de Dresde, sin poder llegar a un acuerdo acerca de si la profecía se refería a siglos futuros o a la época presente, y si la potencia destructora sería o no Polonia, con la cual, a la sazón, estaba Sajonia en una relación de extrema tirantez.

Ello, como es fácil comprender, sólo sirvió para aumentar la intranquilidad, por no decir la desesperación, en que el soberano se hallaba, llegando a alcanzar un grado que su alma no podía ya soportar.

A ello vino a añadirse una carta dirigida por Kunz von Tronka desde Berlín a su esposa, en la cual decía a ésta que, antes de partir a su lado, como tenía proyectado, debía instruir discretamente al elector acerca del fracaso de su misión, pues la mujer a quien había confiado la gestión de hacerse con el papel había desaparecido después de ir a ver a Kohlhaas y no había podido volver a verla. De otra parte, el elector de Brandenburgo, que había estudiado detenidamente todo el proceso del tratante, se había decidido al fin a firmar su sentencia de muerte, habiéndose fijado para la ejecución el lunes siguiente al domingo de Ramos.

Todas estas noticias, unas tras otra, pusieron al elector en un estado de ánimo indescriptible. Atormentado por el dolor y el remordimiento, se encerró en sus aposentos como si se tratase de un poseso, se negó a tomar alimento alguno durante dos días y, finalmente, envió una breve nota al ejecutivo, diciendo que partía de caza a las posesiones del príncipe de Dessau y desapareció de Dresde sin dejar rastro.

Hacia dónde se dirigió y si efectivamente partió hacia las posesiones del príncipe de Dessau, es cosa que hemos de dejar sin resolver, pues las crónicas en que nos basamos para nuestro relato se contradicen extrañamente al llegar a este punto. Lo cierto es que, a la sazón, el príncipe de Dessau era incapaz de entregarse a la caza, enfermo como se hallaba en Brunsviga, en casa de su tío, el duque Enrique, y asimismo es cierto también que Heloise, la esposa de Kunz von Tronka, llegaba por la noche del día siguiente a Berlín, acompañada por el conde Konigstein, al que ella presentaba como primo suyo.

Entretanto, le había sido leída a Kohlhaas por orden del elector de Brandenburgo su condena de muerte, quitándosele las cadenas y poniéndose a su disposición los documentos relativos a su patrimonio, cosa que se le había negado, en cambio, en Dresde.

Instado por el tribunal a que dispusiera de sus bienes para después de su muerte, Kohlhaas redactó con ayuda de un notario su testamento, dejando a sus hijos herederos universales y nombrando albacea y tutor de los mismos a su vecino en Kohlhaasenbrück. Hecho que hubo todo ello, los demás días que precedieron a su ejecución discurrieron tranquilos y sosegados como pocos en su vida. Por una disposición especialísima del elector, su celda había quedado abierta a todos sus amigos y parientes, los cuales podían visitarle a cualquier hora que lo desearan.

Tuvo incluso la satisfacción de ver entrar en su celda al teólogo Jacob Freising, que le hizo entrega de una carta de Lutero dirigida a él, pero la cual, desgraciadamente, no se ha conservado; de las manos del mismo Freising, auxiliado por dos deanes de Brandenburgo, tuvo también el consuelo de recibir los últimos sacramentos, especialmente la sagrada comunión.

Amaneció, por fin, el lunes después del domingo de Ramos, mientras toda la población esperaba todavía que le salvase la vida una palabra del elector. Era éste el día en que Michael Kohlhaas tenía que purgar ante el mundo el crimen de haberse querido procurar justicia por su propia mano y harto rápidamente.

Kohlhaas salió de la prisión escoltado por una guardia numerosa, con sus dos hijos menores al brazo –favor que el tribunal le había concedido a súplicas suyas– y acompañado por el teólogo Jacob Freising. En la puerta de la prisión le esperaba una multitud de amigos, que, tristes y agobiados, trataban de despedirse de él, apretándole un momento la mano. Fue en este instante cuando se le acercó el jefe de la prisión, a quien Kohlhaas apenas conocía, el cual con el rostro turbado le dio un papel que, según dijo, le había entregado para el sentenciado una mujer vieja. Dirigiendo una mirada de extrañeza al hombre, Kohlhaas abrió el papel, cuyo sello le recordó en seguida el estampado por la gitana en el papel que llevaba al pecho.

Cuál no sería, empero, su sorpresa cuando leyó lo siguiente en la carta: «Kohlhaas: el elector de Sajonia está en Berlín; en este momento se encuentra ya en el lugar de la ejecución y podrás reconocerlo, si tienes interés en ello, por su sombrero, adornado con plumas blancas y azules. No hace falta que te diga las intenciones que abriga. Quiere esperar a que se te ejecute y entierre para después apoderarse de la cápsula que llevas al pecho y poder leer el papel que encierra. Tu Elisabeth.»

Aterrado ante la noticia, Michael Kohlhaas se dirigió al jefe de la prisión para preguntarle si conocía a la mujer que le había entregado aquella carta.

El jefe, empero, no supo más que contestar:

– Kohlhaas, la mujer...

Y comenzó a tartamudear de tal manera, temblando de arriba abajo, que antes de que Kohlhaas pudiera realmente escuchar su respuesta, la escolta le arrastró consigo y se quedó sin saber más detalles.

Cuando llegó al lugar de la ejecución, se encontró con un espectáculo fuera de lo corriente. Allí estaba el elector de Brandenburgo con su séquito, entre el cual se encontraba también el canciller Heinrich von Geusau; a su derecha, el abogado imperial Franz Müller, con una copia de la sentencia de muerte en la mano; a su izquierda, con la sentencia del tribunal de Dresde, el abogado de Kohlhaas, Zäuner; en medio del semicírculo formado por el pueblo, un heraldo con un hatillo con diversas cosas, y los dos caballos negros del tratante, que resplandecían de salud y bienestar, y formando el marco de todo ello, una multitud incontable de todas las clases sociales.

El canciller Heinrich von Geusau había conseguido, en efecto, que el tribunal de Dresde accediera en todos sus puntos y sin la menor restricción a la demanda presentada por el elector de Brandenburgo, en nombre de Michael Kohlhaas, contra

el caballero Wenzel von Tronka. De tal suerte que los caballos negros, después de haberles devuelto el decoro ondeando una bandera sobre sus cabezas, habían sido entregados por el desollador que los alimentaba a los servidores de los Tronka, los cuales los alimentaron y repusieron, siendo entregados en la plaza de Dresde al abogado Zäner, en presencia de una comisión constituida al efecto.

Cuando, conducido por la guardia compareció Kohlhaas en el lugar de la ejecución, comenzó a hablar el elector de Brandenburgo:

— ¡Kohlhaas, hoy es el día en que se te hace la justicia que te es debida! Aquí te entrego todo cuanto perdiste por la violencia en el castillo de Tronka, y lo que yo, como soberano de tu país, estaba obligado a devolverte: tus dos caballos, la bufanda, los florines, la ropa interior y hasta los gastos de curación de tu criado Herse, muerto en el encuentro de Mühlberg. ¿Estás contento conmigo?

Kohlhaas comenzó a leer la sentencia que a una seña del canciller le había sido entregada, dejando mientras tanto a sus dos hijos en el suelo al lado suyo. Nadie puede describir la expresión de su rostro cuando en la sentencia encontró también un párrafo por el cual se condenaba a dos años de prisión al caballero Wenzel von Tronka.

Preso de sentimientos encontrados, cruzó las manos sobre el pecho y se puso de rodillas desde lejos ante el elector de Brandenburgo. Con voz serena y alegre aseguró al canciller que con todo ello quedaban satisfechos sus más altos deseos en este mundo. Se acercó a los caballos, examinándolos con satisfacción y pasándoles la mano por el cuello membrudo y terso. Y como en este momento se acercara de nuevo el canciller, le dijo que le confiaba a sus dos hijos Heinrich y Leopold. El canciller, Heinrich von Geusau, le dirigió desde el caballo una mirada dulce y conmisericordiosa, prometiéndole, en nombre del elector, que su última voluntad sería observada religiosamente y exhortándole a la vez a que dispusiera a su buen parecer de las demás cosas que estaban en el hatillo.

A estas palabras, llamó Kohlhaas a la madre de Herse, que hacía un momento había visto entre la multitud, entregándole el hatillo y diciéndole:

— ¡Aquí tienes todo esto! ¡A ti te pertenece!

Y le entregó, además, la suma de dinero que se encontraba en el hatillo, como indemnización a él debida.

En este momento volvió a oír la voz del elector de Brandenburgo, que decía:

— ¡Y ahora, Kohlhaas, a quien de tal manera se le ha dado satisfacción por la injusticia sufrida, disponte a dar por tu parte satisfacción a su majestad imperial, cuyo abogado se encuentra presente, por el quebrantamiento de la paz jurídica!

Quitándose el sombrero y arrojándolo al suelo, Kohlhaas dijo sencillamente que estaba dispuesto. Levantó a sus hijos del suelo una vez más y los estrechó contra su pecho, entregándoselos después a su vecino de Kohlhaasenbrück, el cual con lágrimas en los ojos se los llevó consigo, alejándolos del lugar de la ejecución. Y así arreglados todos sus asuntos, se dirigió al tajo del verdugo.

De repente, empero, se desabrochó el jubón y dirigió la mirada al público hasta que, no lejos de él, divisó al hombre con el sombrero adornado con plumas blancas y azules medio oculto por otros dos caballeros. Separándose de la escolta que lo custodiaba, se adelantó en dirección a él, sacó de su pecho la cápsula, la abrió, extrajo de ella el papel que encerraba, quitó el sello que lo cubría y lo leyó. Una vez leído dirigió fijamente la mirada al hombre de las plumas blancas y azules, y con un movimiento súbito se metió el papel en la boca y se lo tragó.

El de las plumas blancas y azules cayó desmayado al ver esto, presa de terribles convulsiones. Mientras los que le acompañaban se inclinaban aterrados sobre él y lo levantaban del suelo, Kohlhaas se dirigió al cadalso, donde pocos momentos después caía su cabeza bajo el hacha del verdugo.

Aquí termina la historia de Michael Kohlhaas. Su cuerpo fue depositado, entre los lamentos de la multitud, en un ataúd, y mientras éste era transportado a hombros para dar sepultura al cuerpo en el cementerio de la ciudad, el elector de Brandenburgo llamó a sus hijos y los armó caballeros, instruyendo al canciller para que fueran admitidos en la escuela de pajes.

El elector de Sajonia retornó poco después a Dresde, deshecho de cuerpo y espíritu, pudiendo leerse en las historias su destino ulterior.

De Kohlhaas, empero, todavía en el siglo último vivían descendientes robustos y alegres en tierras de Mecklenburgo.

**Trabajo de digitalización y escaneo de materiales
realizado por personal de SeDiCI para la cátedra de
Literatura Alemana de la Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Educación de la UNLP.**

Visítenos en: <http://sedici.unlp.edu.ar>

